

Los libros de 90 Intervenciones
se pueden encontrar en rededitorial.com.ar

Seguinos en [f @rededitorialred](https://www.facebook.com/rededitorial) y [@rededitorial](https://www.instagram.com/rededitorial)

Acha, Omar

La Argentina peronista : una historia desde abajo /
Omar Acha. - 1a ed. - Vicente López: Mariano Ariel
Pennisi, 2019.

88 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-86-1521-9

1. Peronismo. 2. Historia Argentina. 3. Ciencia Política.
I. Título.

CDD 320.0982

OMAR ACHA

LA ARGENTINA

PERONISTA

UNA HISTORIA

DESDE ABAJO

(1945-1955)

PRÓLOGO: ¿QUÉ FUE LA ARGENTINA PERONISTA?

LA ARGENTINA PERONISTA

Este libro tiene el propósito de introducir al público lector en la historia del peronismo del período 1945-1955. Situaré esa narración en el seno de una "Argentina peronista" de más prolongada vigencia.

La idea central que desarrollaré es que el primer peronismo no fue solo una "identidad", proyecto o ideología de índole política. Para las y los peronistas pudo ser también eso. Pero fue bastante más que un discurso o una identidad parcial. El país como tal se transformó en un escenario donde lo sucedido a propósito del peronismo pasó a ordenar los temas decisivos de la política, de la experiencia social y de la vida cotidiana. La interrupción del peronismo—porque participó de una transfigura-



ción general de la sociedad— caló en las entrañas de un país desde entonces apremiado a resolver sus dilemas.

No se trata de que las personas en la Argentina se autopercibieran como peronistas. Es evidente que hubo un amplio tercio de la población que no lo era e incluso, al menos en parte, era obstinadamente antiperonista. El asunto capital fue este: nadie podía, aunque lo deseara, prescindir de la novedad ocurrida con el peronismo. Fue desde luego significativo que en junio de 1946 el peronismo asumiera el gobierno nacional. Voy a mostrar que tan importante como eso fue su presencia social, local y cotidiana. Los sectores antiperonistas —al menos aquellos que concebían al peronismo como una aberración impuesta con arbitraria brutalidad— descubrirían eso cuando después del golpe de Estado de 1955 fracasasen en su voluntad de “desperonizar” el país con el expediente violento de expulsarlo del gobierno y del lenguaje público.

La Argentina peronista fue inescindible de un desarrollo industrial que, sin alterar la matriz agroexportadora del país, complejizó sus formas económicas y sociales. Hizo posible que la clase obrera fuera un actor decisivo, impuso un tono plebeyo a un peronismo que también tenía otros matices, introdujo incluso las diferencias de clase como un rasgo interno a las disputas interiores del populismo argentino, todo ello sin desmedro de las densidades simbólicas de un complejo movimiento social y político.

En estas páginas se leerá sobre un segmento de la historia de la Argentina peronista. Se trata del “primer peronismo”, el tramo extendido entre 1945 y 1955. Sobre ese peronismo se propusieron diferentes nombres, quizás los más comunes de los

cuales sean “el peronismo clásico”, “el peronismo de Perón y Evita” y “el peronismo del 45”.

La noción de “primer peronismo” es menos sexy pero es más esclarecedora. En principio, permite distinguir entre varios peronismos sin atribuir el carácter de originario a ninguno de ellos. Otra consecuencia es que reubica la importancia explicativa imputada al líder del movimiento. Consiente comprender que el lugar de Juan Domingo Perón fue esencial, pero insuficiente, para entender el surgimiento y consolidación de los dos primeros gobiernos peronistas. Que Perón fuera crucial para describir el peronismo no significa que el peronismo sea explicable por Perón.

Utilizo entonces el término primer peronismo, de alcance estatal entre 1945 y 1955 y de dimensión político-social entre 1945 y 1958 (con la inclusión de la resistencia peronista) para destacarlo en una secuencia mayor de la historia general del peronismo y situarlo en la realidad más abarcadora que fue la Argentina peronista.

ITINERARIO

El recorrido del primer peronismo planteado en este libro será, por su brevedad, inevitablemente selectivo. Y por desgracia será imposible restituir la diversidad de maneras de darse a la que hoy somos sensibles, una vez desnaturalizada la generalización a todo el país de los datos provenientes de la Capital Federal.

Advertido de esas limitaciones, otorgaré relieve a momentos definitorios del primer peronismo solo explicables a la luz de una sociedad cambiante. El peronismo fue en esa tesitura una posibilidad inherente a la Argentina del mediodía del siglo

pasado. Su acontecer tuvo mucho de contingente, es verdad, pero no fue un rayo de tormenta en el cielo sereno.

En el primer capítulo elaboraré la crónica de un conjunto de hechos que familiarizará al público lector con una idea general de lo ocurrido en la Argentina entre 1945 y 1955. Las informaciones provistas son pasablemente conocidas. La utilidad del capítulo consiste en mostrar que eso tan familiar supone una "historia desde arriba", y que por lo tanto hay otras maneras de narrar los hechos.

En el segundo capítulo explicaré sucintamente qué es una "historia desde abajo". Lo haré para contrapesar una tentación del primer capítulo, a saber, la de suponer que la Argentina peronista se estableció de una vez y para siempre, y que fue una realidad a la que todas las clases, sectores e individuos, asistieron inermes. En gran medida en todo el libro mostraré por qué las historias del peronismo han sido a menudo historias "desde arriba" que sustrajeron del escenario histórico a buena parte de sus actores fundamentales: quienes pertenecían a la clase trabajadora y a un mundo de acciones cotidianas sin las cuales el primer peronismo deviene un arcano insondable.

Para que el argumento de una historia desde abajo sea convincente es preciso que su eficacia explicativa esté presente en el nacimiento del peronismo. De otra manera sería una afirmación arbitraria, más deudora de las pasiones de quien escribe que de la realidad contada. Afortunadamente para este libro, la génesis decisiva del peronismo, transcurrida en las semanas centrales del mes de octubre de 1945, revela la índole popular y múltiple de su surgimiento. Por eso dedico el tercer capítulo a desplegar las variadas dimensiones del 17 de octubre. Conviene

detenerse en esas dimensiones porque serán constitutivas de la larga historia del peronismo, lo que no quiere decir que fueran inamovibles ni se cristalizaran definitivamente.

Es indiscutible que el 17 de octubre de 1945 brinda algunas claves pero no retiene el secreto de todo el primer peronismo y de lo que habrá de suceder hasta 1955. Concluido el acontecimiento de 1945 con la liberación de Perón y la creación del Partido Laborista por los sindicatos obreros, todavía queda una década de acontecimientos por narrar, procesos por explicar y acciones por relatar. Solo para ofrecer un dato, la victoria electoral de Perón en los comicios próximos a realizarse estaba lejos de estar garantizada. En realidad todo hacía presagiar una cómoda victoria del frente antiperonista en formación, en el que participaba el que había sido hasta entonces el más poderoso partido popular, la Unión Cívica Radical.

Para la historia desde abajo que deseo proveer al público lector, he decidido recorrer esa década iniciada en 1945 por un espinel central y especialmente significativo: la historia de la clase obrera como una protagonista de la década. Debido al enfoque propuesto, se hallarán acontecimientos ligados con la central confederal de la clase obrera sindicalizada, la CGT, pero también otros fenómenos que no pueden ser asimilados sin más al ámbito cegetista: las organizaciones obreras de base, los conflictos por salarios y formas de organización, las disputas ideológicas en el seno de la clase, la acción de las mujeres trabajadoras que constituyen agentes cruciales para pensar la época. Por esa razón el cuarto capítulo está dedicado a reconstruir trazos de la historia obrera en el periodo.

Hasta el momento en que concluye ese cuarto capítulo, todo hace pensar que el gobierno de Perón era inexpugnable, invencible en la cotidianeidad y en el plano electoral. Sin embargo, en septiembre de 1955 la gestión que debía concluir su mandato en junio de 1958 fue derrocada por las armas sin el concurso de la clase trabajadora y el movimiento de bases peronistas. ¿Qué ocurrió?

El capítulo quinto revela lo que pasó, los actores sociales y políticos involucrados, desanuda el enigmático momento de 1955 dando cuenta de su vínculo con lo sucedido en los años previos. El proceso que condujo a la caída del gobierno enseña por qué la historia desde abajo posee sus ambivalencias y también hay otros actores en la vida social. Muestra que la Argentina peronista estuvo habitada no solo por peronistas en su propio laberinto, sino al mismo tiempo por otros actores que poseían capacidad de acción. En suma, también el derrocamiento de Perón deviene comprensible una vez que asumimos la perspectiva desde abajo desarrollada en este libro, sin desmedro de puntualizar que la toma del poder por la "Revolución Libertadora" fuera acometida *manu militari*. Es que lo que se derrumbó no fue solo, e incluso diría ni principalmente, Perón.

Como observaron los análisis más certeros, lo que se pretendía eliminar con Perón y el gobierno peronista era el poder social de la clase obrera, la dignidad de los llamados "negros" (tuvieran o no la piel oscura, ese epíteto racista era sobre todo un insulto de clase) que con el peronismo habían tenido el atrevimiento de organizarse en una escala novedosa para negociar con la patronal de igual a igual.

A pesar de lo que parecía un hecho incontrovertible hacia fines de 1955, la historia del peronismo no estaba terminada. Entonces comenzó a nacer la llamada "resistencia peronista".

Fue algo inesperado y quizás, desde cierta idea de qué fue el peronismo, inesperable. La inmensa mayoría de las dirigencias provenientes del primer peronismo estaban exiliadas, desacreditadas, desmoralizadas, conversas a un nuevo credo, o en prisión. El gobierno militar, a pesar de sus desacuerdos internos, estaba decidido a cerrar a cal y canto el tiempo de la Argentina peronista. Desde noviembre de 1955 y marzo de 1956 lo hizo con la prohibición de los símbolos y partidos peronistas, la intervención de la CGT y la aplicación de la fuerza bruta. Sin embargo, otra vez, un movimiento molecular inexplicable desde arriba irrumpió en la historia.

El capítulo sexto y final está destinado a brindar una imagen general, siempre desde abajo (y en este caso no hay otra, con la parcial excepción del fallido levantamiento militar del 9 de junio de 1956), de la resistencia peronista. En los primeros párrafos explicaré por qué incluí a la resistencia posterior a 1955 en un libro cuya cronología estatal se extingue en septiembre de ese año. Se verá también que la oposición a la "Revolución Libertadora" no fue exclusivamente peronista y que solo es descifrable desde la reconstrucción de la década previa en los términos propuestos por este volumen.

En "Recapitulación y perspectivas" sintetizaré lo elaborado en los capítulos precedentes y plantearé los enigmas ulteriores de la Argentina peronista. Ese mundo hoy un tanto lejano pero vigente en los dramas de nuestra realidad. Porque a pesar de mentar un tiempo distante, estas páginas contribuyen a una arqueología de nuestro presente.

1. BREVÍSIMA CRÓNICA DEL PRIMER PERONISMO

Para entender el peronismo es preciso retroceder tres años de la asunción presidencial de Perón que tuvo lugar el 4 de junio de 1946. Ese mismo día de 1943, el presidente conservador Ramón Castillo fue derrocado por un movimiento militar. Orientado por un grupo de oficiales nacionalistas, el GOU, el objetivo inmediato del pronunciamiento fue neutralizar la sucesión gubernamental en manos del pro-Aliado candidato Robustiano Patrón Costas. Debido a desinteligencias respecto de algunos nombramientos, el militar de mayor graduación del golpe, el general Pedro Ramírez, fue rápidamente desplazado por el general Edelmiro Farrell.

El gobierno de facto fue apoyado por las grandes corporaciones y por la Iglesia católica, para la cual el último día del año se decretó la obligatoriedad de la enseñanza religiosa en las escuelas. Sin vacilar, se desplegó una política represiva contra un sector del movimiento obrero organizado en la CGT y contra las izquierdas. A fines de octubre ingresó al gobierno el más brillante integrante del GOU, el coronel Juan Domingo Perón, en un cargo en apariencia menor: la dirección del Departamento Nacional del Trabajo, pronto transformado en Secretaría de Trabajo y Previsión. Esa designación convirtió a Perón en el

interlocutor del sindicalismo obrero, aunque el funcionario intentó vincular a la Secretaría con las representaciones institucionales de todas las clases sociales.

Durante 1944 y 1945, en la crítica condición que la derrota del Eje fascista en la Segunda Guerra Mundial impuso a un gobierno militar de signo neutralista, la figura de Perón no cesó de consolidarse y acumular posiciones administrativas. A su tarea en la Secretaría se añadieron el puesto de ministro de Guerra y la vicepresidencia. La aspiración de concitar apoyos de todas las clases sociales en su proyecto político se vio limitada debido al rechazo suscitado por sus ánimos redistribuidores inspirados en el catolicismo social y el intervencionismo estatal tan difundido en la época. Perón destacó la ecuanimidad de su Secretaría en un célebre discurso ante los acaudalados socios de la Bolsa de Comercio porteña, el 25 de agosto de 1944:

“Muchos de los señores que están aquí habrán asistido a nuestro trabajo. En ese sentido, vamos realizando una justicia distributiva y evitando que esto que puede ser un negocio transaccional, se transforme en una huelga con tiros, y en tantas cosas desagradables. (...) Creo, señores, que en cuanto se refiere a su acción, la Secretaría de Trabajo y Previsión no puede presentar ningún inconveniente, ni para el capital ni para el trabajo. Procedemos a poner de acuerdo al capital y al trabajo, tutelados ambos por la acción directiva del Estado, que también cuenta con esos convenios, porque es indudable que no hay que olvidar que el Estado, que representa a todos los demás habitantes, tiene también allí su parte que defender: el bien común, sin perjudicar ni a un bando ni a otro”.

El mensaje fue mal recibido. Durante 1945 Perón fue fustigado por las "Fuerzas Vivas", esto es, las grandes corporaciones empresariales, los medios de prensa más prestigiosos y fue visto como un enemigo residual por la Embajada norteamericana. El coronel fue obligado a fortalecer su vínculo con los sindicatos y a adoptar una actitud más populista-obrerista. Tras la derrota definitiva de Alemania y Japón en la guerra, el gobierno y especialmente Perón se descubrieron cada vez más aislados por una movilización social y una crisis de dominación.

El 9 de octubre Perón fue separado de todos sus cargos y, tres días más tarde, recluso por sus propios camaradas de armas, presuntamente para protegerlo de sus belicosos enemigos en la Marina. El 16 de octubre la CGT decidió la convocatoria a una huelga general para el día 18 con consignas tendientes a sostener las conquistas recientemente prometidas.

El 17 y 18 de octubre tuvieron lugar en varias ciudades del país, con un epicentro en Buenos Aires, movilizaciones que exigieron la liberación de Perón, en ese momento demorado en el Hospital Militar. Poco antes de la medianoche del 17, Perón se dirigió a la mediana multitud reunida en la Plaza de Mayo. Comenzó inmediatamente su campaña política hacia la presidencia para la que se edificó una semana más tarde el Partido Laborista. Se sumaron al laborismo un sector del radicalismo, la UCR-Junta Renovadora, y otros núcleos independientes. La oposición compuesta por los partidos radical, socialista, comunista y demócrata-progresista constituyó la Unión Democrática. El 24 de febrero de 1946 la fórmula Perón-Quijano se impuso sobre el binomio José Tamborini-Enrique Mosca.

El ascendido general Perón tomó posesión del cargo presidencial en junio de 1946. Un mes antes había disuelto el Partido Laborista y creado el Partido Único de la Revolución Nacional, el que dará paso al Partido Peronista en febrero de 1947. Dos años más tarde fue constituido el Partido Peronista Femenino. En 1950 ambos partidos, masculino y femenino, se incorporaron, junto a la CGT en términos de vertiente sindical, como las tres ramas del Movimiento Peronista.

Las concepciones de un Estado interventor y planificador, la disponibilidad de recursos en la inmediata postguerra y la expansión institucional de las últimas décadas modificaron la relación entre sociedad y Estado: los planes quinquenales, la nacionalización de los servicios públicos, de la banca y el comercio exterior, consolidaron desde la reforma constitucional de 1949 una efectiva presencia estatal en todos los órdenes sociales. El sindicalismo se extendió al plano nacional y multiplicó el número de sus afiliados, así como el alcance de sus obras sociales. Surgió Eva Perón como fuerza política promotora del Partido Peronista Femenino y la Fundación de Ayuda Social que llevó su nombre. Impulsado por la Primera Dama, el sistema democrático representativo progresó enérgicamente con la sanción del voto femenino en 1947 y la provincialización de dos territorios nacionales en 1951: Chaco y La Pampa. El sendero de innovaciones se hizo sistema con la reforma constitucional de 1949 bajo los lemas de "la Nueva Argentina" y "la Constitución de Perón".

Tres años después de iniciado el gobierno, la economía peronista verificó limitaciones de inversión de capital y una dinámica inflacionaria, en el curso de una modificación de los tér-

menos de intercambio en el comercio exterior. Esto no impidió la reelección presidencial de Perón en noviembre de 1951 con un porcentaje electoral mayor al de 1946. El segundo gobierno de Perón fue sin embargo incapaz de sortear las consecuencias generadas por las dificultades económicas y políticas. Desde septiembre de 1951, una fracasada intentona militar fue ocasión para instituir un "Estado de guerra interno" (condición que perduró hasta 1955) y una hostilidad más intransigente hacia la oposición. La relación de colaboración entre peronismo y catolicismo—heredada del régimen de 1943—comenzó a revelar fracturas. Las huelgas obreras se incrementaron. No obstante, el movimiento peronista no cesó de crecer. Se proyectó un Segundo Plan Quinquenal para el lapso 1952-1957.

El sindicalismo se fortaleció y concentró su poder en la cúpula de la CGT. En las elecciones para elegir vicepresidente, en abril de 1954, el peronismo venció nuevamente. Desde noviembre se desarrolló una tensión creciente con las asociaciones católicas laicas de clase media. Durante la primera mitad de 1955 se extendió un clima de rumores y de conspiración más o menos declarada, liderada por la oposición católica pero a la que se plegaron todas las otras fracciones antiperonistas.

En junio tuvo lugar un primer pronunciamiento golpista durante el cual se bombardeó la casa de Gobierno y una Plaza de Mayo en la que se congregaban manifestantes en apoyo al gobierno. Con timidez la CGT propuso a Perón resistir, ante lo que el presidente procuró contener la disputa en el plano institucional. Declaró finalizada la "revolución peronista" y cedió espacios a los líderes opositores para dirigirse por radio a toda la población. En sus alocuciones esos políticos se mostraron

inconmovibles en su impugnación del gobierno. En un discurso pronunciado a fines de agosto, el presidente aprestó a sus seguidores a un enfrentamiento de creciente violencia verbal. Un nuevo golpe militar con el apoyo de "comandos civiles" triunfó en septiembre de 1955 derrocando al gobierno y obligando a Perón a partir al exilio.

El comandante golpista, el católico y nacionalista general Eduardo Lonardi, proclamó con ánimo contemporizador que no había habido "Ni vencedores ni vencidos". Citaba con ello lo que Justo José de Urquiza había afirmado tras la derrota del ejército rosista en 1852. Desde mediados de noviembre de 1955 se produjo un desplazamiento del sector lonardista en la "Revolución Libertadora", en beneficio del general Juan Carlos Aramburu y el almirante Isaac Rojas. Una Comisión Investigadora fue creada para juzgar los crímenes atribuidos al peronismo. Desconocidas las dirigencias peronistas tras la disolución de los partidos peronistas masculino y femenino, desbaratada la Fundación Eva Perón, intervenida la CGT y enjuiciada buena parte de las élites gobernantes del peronismo en desgracia, la resistencia solo podía llegar desde otro ángulo del movimiento en crisis. Con el decreto 4.161 de marzo de 1956 el nombre de Perón y los símbolos peronistas fueron prohibidos. Se intensificó el desarrollo de la acción clandestina vinculada a la resistencia peronista.

El 9 de junio fue desarticulado un levantamiento militar peronista. Fueron ejecutados su comandante, el general Juan José Valle, varios oficiales y una docena de civiles. El gobierno militar convocó a elecciones para la convención constituyente de 1957. El voto en blanco promovido por el peronismo obtuvo

la primera minoría. Fracasó un congreso normalizador de la CGT y el movimiento obrero se dividió entre los gremios “demo-cráticos” y los opositores, peronistas y comunistas, los prime-ros de los cuales derivaron en las “62 Organizaciones”. Desde el exilio, Perón acordó un pacto con el radical intransigente Arturo Frondizi. A cambio de los votos peronistas éste debía normalizar la CGT y legalizar al partido peronista. El conflicto social ocasionado por el plan de ajuste frondizista y la represión debilitaron al presidente, quien fue recluido por los militares en la Isla Martín García tras la victoria electoral peronista en las elecciones provinciales de marzo de 1962.

2. ¿QUÉ ES UNA HISTORIA DESDE ABAJO?

La crónica recién leída repone en pocas palabras la representa-ción histórica más conocida del primer peronismo. Puede obser-varse en ella una construcción desde arriba. Los protagonistas son “grandes individuos”, de alguna u otra manera ligados al Estado y a la “gran política”.

Una historia desde arriba genera una narración tradicional-mente política e institucionalista. Los actores centrales son las dirigencias, las organizaciones mayores, las instancias de repre-sentación formalizadas, las corporaciones de alcance nacional. Esa historia es tan importante por lo que incluye como por lo excluido. Sobrevalora la trascendencia de los individuos insti-tucionalizados (estadistas, militares, clérigos) e invisibiliza las eficacias agregadas de las interacciones mínimas.

Pero hay otras historias posibles. Incluso desde un “arriba” impersonal. Por ejemplo sería viable representar al peronismo del periodo 1945-1955 como una variante más de los casos del populismo latinoamericano desarrollado durante los primeros setenta años del siglo XX. En efecto, el peronismo ha sido com-parado con el varguismo brasileño y el cardenismo mexicano, en referencia a los gobiernos de Getúlio Vargas y Lázaro Cárde-nas. Se trataría de maneras de reorganizar el orden social gra-

cias a la intervención estatal luego de la crisis en la inserción de los nuevos países latinoamericanos en el mercado mundial capitalista, la vertiginosa incorporación de población en los centros urbanos, el desplazamiento de las viejas élites por nuevos sectores anti-stat quo, el nacionalismo y la industrialización sustitutiva de importaciones. En razón de la escala de análisis utilizada, también suelen soslayarse los protagonismos exigüos. La participación de la clase obrera y el campesinado, de las y los pobres, brota a lo sumo como un coro, masa clientelar, carne de cañón o sujetos de reconocimiento estatal.

Para ofrecer una mirada alternativa recurriré a la historia desde abajo. ¿Qué es eso?

Por historia desde abajo se entiende una ya amplia tradición de investigación y narración históricas en las que se intenta quebrantar las complacencias de la "historia de los grandes hombres" o de "las amplias estructuras", para recobrar las vidas y acciones de los sujetos olvidados por la historia institucional. No se trata de observar solo otros aspectos de la realidad y actores invisibilizados por las lecturas obnubiladas por la historia política tradicional. La propuesta consiste, más bien, en analizar lo histórico de un modo diferente. No se propone entonces perfeccionar el cuadro trazado por la historia desde arriba, agregando algo marginado (pues eso completaría el relato sin cuestionarlo, añadiendo el mencionado coro), sino de contar otra historia, de apelar a una interpretación diferente.

Voy a sostener que sin una atención central a las acciones menores es inviable comprender momentos cruciales del primer peronismo, tales como el 17 de octubre de 1945, la vida obrero-sindical, la caída del gobierno en 1955 y la llamada resistencia peronista. La clase obrera será por eso una partícipe activa de

este libro, mientras que Juan Perón y Eva Perón, así como las imágenes tradicionales del Estado peronista, permanecerán en segundo plano.

Al situar en el trasfondo a los individuos estatales principales del drama argentino no pretendo negarles protagonismo. Me interesa mostrar que ese protagonismo presupone otro conjunto más denso y proliferante de acciones en las cuales la clase obrera fue actriz decisiva. Por lo tanto, no me esfuerzo por reemplazar un gran sujeto (Perón, Evita, el Estado, las Fuerzas Armadas) por otro (la clase obrera). Procuro dispensar fuerza explicativa al nivel interindividual e intersubjetivo en los grandes hechos históricos. De tal modo, la clase obrera adquiere una efectividad propiamente histórica, en algunos instantes superior a las estructuras invisibles, a las instituciones dominantes y a los individuos prepotentes.

Una vez más: ¿por qué es importante elaborar una historia desde abajo? Básicamente porque las historias tradicionales del peronismo impiden comprenderlo como proceso histórico y como fenómeno político-cultural. Es usual en esas historias que se pretenda relatar la historia basándose en los discursos de Perón, en las planificaciones estatales, en los textos e imágenes de propaganda, en las decisiones macropolíticas. No es solo evidente que allí falta lo esencial, a saber, cómo fueron los contextos e interpretaciones de esos discursos, decisiones e imágenes. Las narrativas desde arriba también evitan la tarea de detallar las tramas de acciones en las que se generaron las condiciones de enunciación y acción, la interacción de proyectos e instituciones, los múltiples ámbitos en que se produjeron las realidades.

Entiendo que una historia desde abajo no es un mero complemento de una historia desde arriba unilateral y bastante atolon-drada. Es otra historia. Me corrijo. Es también una mejor historia.

3. ¿QUÉ FUE EL 17 DE OCTUBRE DE 1945?

LOS HECHOS

La historia tradicional sintetizada en el primer capítulo es perezosa. Renuncia a comprender el enigma de cómo se produce lo inesperado en la historia.

Pienso que también reprime una historia más verídica y contemporánea: ya he dicho que no intento aquí sostener la inverosímil idea de que Perón y el Estado fueron irrelevantes para la historia del peronismo. Sin embargo, es evidente que la centralidad indiscutida de Perón en el peronismo es una narrativa construida después de sucedidos los hechos e impuesta a los mismos una vez que fue gobierno. También los relatos antiperonistas contribuyeron a instalar la idea de un peronismo emanado de la voluntad irrestricta de Perón, del Estado y de la propaganda.

El nacimiento político y social del peronismo en las jornadas que rodearon al 17 de octubre de 1945 fue un acontecimiento de masas en el que es inútil rastrear un actor individual o una élite organizadora. Por supuesto que encontramos candidaturas a ocupar ese rol: Eva Perón, el gremialista de frigoríficos Cipriano Reyes, la CGT, y algunos otros actores más. Salvo Eva Perón, quien tuvo un papel marginal, es posible que numerosos individuos y grupos organizados, algunos de ellos desde el propio Estado militar, hayan confluído en alguna medida en la

génesis de las manifestaciones que condujeron a la liberación de Perón y al reinicio de su carrera política. También produjeron efectos quienes dejaron hacer, quienes no reprimieron a las columnas en marcha.

Tras su destitución, Perón organizó un acto de despedida de su cargo en la Secretaría de Trabajo y Previsión. Convocó para el día siguiente, el 10 de octubre, a que los sindicatos afines manifestaran su solidaridad con la gestión del funcionario saliente. Evidentemente el coronel no había perdido toda influencia en el gobierno. Perón reivindicó la tarea realizada desde la Secretaría y anunció la firma de un decreto con mejoras salariales para los trabajadores. El mensaje fue también la promesa velada de un regreso electoral y un pedido de calma. El coronel creía estar solo momentáneamente derrotado y no deseaba conflictos que obstaculizaran su porvenir político. Pronunció una famosa frase: los trabajadores debían ir “de la casa al trabajo y del trabajo a la casa”.

Los enemigos de Perón, concentrados en la guarnición de Campo de Mayo, pensaban otra cosa. La carrera política del ávido coronel debía ser tronchada para siempre. En los días siguientes fue presionado hasta la amenaza personal para abandonar toda aspiración gubernamental. Dubitativo respecto del alcance de su apoyo en la clase obrera y los sindicatos (que no tenían el poder detentado pocos años más tarde), Perón era demasiado previsora para lanzarse a una aventura en la que tenía demasiados enemigos. Deprimido, sus apetencias se ajustaron al ideal de casarse con la joven actriz Eva Duarte y dedicarse a modestas tareas agropecuarias en la Patagonia.

En los días siguientes, numerosos rumores y contactos, múltiples flujos de información y opiniones, fueron creando la convicción, opaca pero creciente, de que desde la clase obrera algo debía hacerse pues la revancha contra Perón se había revelado como algo más: era el contragolpe contra la clase obrera por parte de una patronal vengativa. Desacostumbrada a ceder y siquiera dialogar con la clase trabajadora a través de sus órganos colectivos, la burguesía argentina —con algunas excepciones que no lograron afectar al conjunto— experimentó como un ultraje el proyecto conciliador y corporativo de Perón. Una vez vencido el ambicioso coronel por sus pares militares, la revancha clasista fue anunciada a viva voz. Los patrones exclamaban jactanciosos ante los trabajadores: “vayan a cobrarle el aumento a Perón”.

Los rumores que en esos días recorrieron los barrios obreros y populares en todo el país carecen de una descripción precisa. Es contra-intuitivo reconocerlos como hechos históricos relevantes porque tenemos la costumbre atribuir ese carácter a las ideas y decisiones de personajes “importantes” usualmente ligados al orden estatal o de la “alta cultura”. Cuando las acciones tienen lugar por las zonas bajas y locales de la sociedad, con protagonistas de carne y hueso pero sin nombres distinguidos, tendemos a verlos como vagos y carentes de brillo. Largos siglos de adoctrinamiento elitista nos impiden percibir la vivacidad de las acciones menores y los efectos colectivos que pueden producir.

Eso fue justamente lo que aconteció en los días previos al 17 de octubre y se prolongó durante las jornadas posteriores. Me interesa destacar que de conjunto englobaron al menos quince

días de deliberación popular: del 9 al 24 de octubre, o sea, del desplazamiento de Perón a la constitución del Partido Laborista.

Decir “17 de octubre” tiende a desfigurar el fenómeno histórico y en rigor a hacerlo misterioso. Entonces parece algo repentino e insólito. En un plazo más prolongado, el acontecimiento se torna en un proceso de organización popular, en un ejercicio de poder social instituyente. Y nos obliga a prestar atención a una historicidad más minuciosa. A los encuentros cara a cara en casas particulares, en los almacenes barriales, en los locales sindicales y vecinales, en los almuerzos y partidos de fútbol en las fábricas, en los mentideros de bares y restaurantes arrabaleros, se añadían espacios donde circulaba información, maledicencias e infidelidades, pero también citas organizativas, debates políticos, promesas de encuentros para definir una respuesta de clase a la ofensiva patronal.

La historia de ese momento crucial exige por lo tanto una percepción refinada y una descripción densa. El tiempo abigarrado del 17 de octubre —como dije, prolongado durante quince días— se desplegó a lo largo de todo el país. No tuvo lugar solo en la ocupación de la Plaza de Mayo porteña por trabajadoras y trabajadores del conurbano industrial. Fue un acontecer público que se hizo visible en esos escenarios que fueron las plazas, porque las plazas constituyeron desde antes de la Independencia nacional los lugares esenciales en que se definieron las visibilidades populares. A los pueblos explotados, sojuzgados y despreciados, no les vale la centralidad social y estatal de los mandantes y de sus élites: deben recurrir a la manifestación multitudinaria que reclama un poder popular al hacerse público, visible y político.

EL PROTAGONISMO OBRERO Y POPULAR

En verdad, el 17 de octubre deber ser incluido en una explicación también más prolongada porque hubiera sido irrealizable sin el concurso de una cultura popular y formas de organización, así como de transmisión de información, de mayor duración. En primer término figura el desarrollo de la cultura sindical. La clase obrera contaba al momento de producirse el acontecimiento de 1945 con al menos ochenta años de una dolorosa construcción de organizaciones gremiales, tanto dentro como fuera de los lugares de trabajo.

Los sindicatos fueron edificados, destruidos y reconstruidos innumerables veces, contra la voluntad de las patronales y la persecución estatal. A pesar de que las mejores cabezas de quienes se situaron en el punto de vista estatal (Joaquín V. González, Hipólito Yrigoyen, Juan Perón) creyeron conveniente incorporar a las organizaciones del proletariado en un diálogo con las patronales y el propio Estado, la lucha de clases condujo a que solo tras un combate incesante y obstinado los sindicatos participaran de la vida social argentina.

Los ambiguos antecedentes de una "mediación" estatal en las décadas previas fueron olvidados cuando desde fines de 1943 Perón anunció la voluntad del gobierno militar de fomentar una conciliación corporativa de clases y, sobre todo, cuando la obcecación clasista de la burguesía rechazó cualquier reforma social significativa. Sin embargo, desde un dividido movimiento obrero las actitudes estuvieron lejos de ser unánimes. La autonomía sindical en relación al Estado constituía una creencia sedimentada por la experiencia sufrida y no iba

a ser sencillamente eliminada. Por otra parte, la política de Perón en la Secretaría de Trabajo y Previsión fue paralela a una represión hacia las variantes sindicales vistas como peligrosas, sin importar que fueran elegidas por sus bases. Entonces, se entiende por qué los sindicatos y, en particular, su organización mayor, la CGT, fueron reticentes a embarcarse en una defensa individual de Perón.

Las dirigencias sindicales no dudaban de que se desarrollaba una revancha de clase pero tampoco podían apostar su siempre precaria existencia a un coronel defenestrado por sus camaradas de armas y él mismo desmoralizado. Fue un momento de incertidumbre y debate en la conducción gremial. En un gesto que visto en el contexto fue de extraordinaria valentía, el comité central confederal de la CGT convocó a un paro general de 24 horas para el día 18 de octubre. El acta de la reunión expresa la decisión adoptada de la siguiente manera:

El Comité Central de la Confederación General del Trabajo declara la Huelga General de los Trabajadores en Todo El País por 24 horas para el día Jueves 18 de Octubre desde las 0.00 horas hasta las 24 horas del mismo día, para expresar el pensamiento de la clase obrera en este momento excepcional que vive el país y por las siguientes razones: 1º) Contra la entrega del Gobierno a la Suprema Corte y contra todo Gabinete de la Oligarquía. 2º) Formación de un Gobierno que sea una garantía de Democracia y Libertad para el país y que consulte la opinión de las organizaciones Sindicales de Trabajadores. 3º) Realización de Elecciones libres en la fecha fijada. 4º) Levantamiento del Estado de sitio. Por la libertad

de todos los presos civiles y militares que se hayan distinguido por sus claras y firmes convicciones democráticas y por su identificación con las causas obreras, 5º) Mantenimiento de las conquistas sociales y ampliación de las mismas. Aplicación de la Reglamentación de las Asociaciones Profesionales, 6º) Que se termine de firmar de inmediato el Decreto-Ley sobre aumentos de sueldos y jornales, salario mínimo básico y móvil y participación en las ganancias, y que se resuelva el problema Agrario mediante el reparto de la tierra al que la trabaja y el cumplimiento integral del Estatuto del Peón.

No se mencionó a Perón, es cierto, aunque cualquiera sabía de qué se trataba cuando se reclamaba por "todos los presos civiles y militares". El dato central es que por entonces la CGT no era lo que sería más tarde. Era incapaz de detener la producción capitalista en el país. A lo sumo podía generar un cese de actividades parcial y en ciertas zonas urbanas. Sin embargo, y a pesar de todo, era el órgano más potente que la clase obrera se había dado. La medida adoptada se diseminó como un reguero de pólvora y confluyó con otras líneas de organización popular. También hubo conciliábulos suscitados desde los núcleos más cercanos a Perón, sin su concurso decisivo. El conjunto hizo que las protestas localizadas y abandono de tareas sin concierto producidas en los días previos condujeran a que desde la mañana del día 17 en numerosos lugares de trabajo, sobre todo de carácter manufacturero e industrial, las tareas no fueran iniciadas o se las abandonara luego de conversaciones entre las y los trabajadoras anoticiadas del aval cegetista al descontento popular.

Es imposible reducir a un solo sentido las actitudes de quienes se movilizaron y con qué motivaciones lo hicieron. Se desarrolló una intensa deliberación popular, en cada casa, en cada fábrica, en cada organización, en cada individuo. Por supuesto que eso no ocurrió en todos lados, pero por su alcance conquistó una representatividad de clase. La composición de la movilización se modificó de acuerdo al perfil social de cada ámbito, fuera en la ciudad de Buenos Aires, en La Plata, Rosario o Mendoza. La masividad posibilitó un cambio de actitudes en el seno del propio gobierno militar, pues los sectores leales a Perón, comenzando por el presidente de facto Edelmiro Farrell, vieron que su capacidad de negociación había aumentado de la mañana al anochecer del día 17. Fue también por eso que no hubo consenso entre los militares para reprimir las concentraciones. Otro defecto de la historia desde arriba consiste en que anula en las élites lo que hace proliferar en los individuos y grupos del montón: la incertidumbre.

Por su parte, en las voluntades obreras y populares el temor a una represalia violenta que había moderado las movilizaciones durante el día cedió hacia la tarde y la confluencia en los espacios públicos recuperó fuerza con la caída del sol. Nuevos rumores situaron el paradero de Perón en el Hospital Militar, donde se concentró una manifestación que entonaba "Queremos a Perón".

Me detengo brevemente aquí para enfatizar la dimensión pública del acontecimiento. En realidad todo el año 1945 estuvo recorrido por las disputas de lo público, tanto en las calles y plazas como en la prensa y otros medios de comunicación. Fueron numerosas las solicitadas que circularon y suscitaron respuestas vehementes. De esa pugna por prevalecer en la visi-

bilidad colectiva participó también la oposición al gobierno de Farrell y Perón. Las grandes corporaciones patronales, denominadas "Fuerzas Vivas", multiplicaron sus declaraciones en los periódicos. Hubo un auténtico entusiasmo en una población de clase media y alta —aunque fueron escasos, también se acercaron núcleos obreros— que creía sinceramente estar protagonizando una acción antifascista.

La derrota definitiva del Eje en la guerra estimuló la aparición en el espacio público de manifestaciones antigubernamentales. El 19 de septiembre tuvo lugar una multitudinaria Marcha por la Constitución y la Libertad, por la zona privilegiada de la ciudad, exigiendo la transmisión del mando a la Suprema Corte de Justicia y la convocatoria a elecciones libres. El impacto de esa presencia pública numerosa animó a los sectores ligados al general Eduardo Ávalos y la guarnición de Campo de Mayo a demandar la expulsión de Perón de todos sus cargos. En suma, el año 1945 puede ser descripto como un año de movilizaciones públicas y conexiones activistas, caracterizado por una ofensiva contraria al coronel Perón hasta octubre y por el nacimiento de un movimiento popular desde abajo también orientado a disputar tanto el espacio público (las calles, las plazas, las pancartas y, en menor medida, los periódicos) como la presencia social.

EL DISCURSO DE PERÓN Y EL CAMINO ELECTORAL

Cerca de la medianoche, el coronel Perón se dirigió a la pequeña multitud reunida en la Plaza de Mayo. Después de que Perón

fuera elegido presidente se difundieron imágenes de reuniones conmemorativas del 17 de octubre en que cientos de miles de personas convergían en tranvías, camiones y a pie hacia la misma plaza. Esas imágenes luego circularon como si hubieran sido tomadas en 1945, pero el número real de manifestantes de entonces fue sensiblemente menor. Lo decisivo fue la ocurrencia del movimiento popular en diversos puntos del país y el modo en que logró conmover el juego de fuerzas internas al poder militar. No debemos soslayar que entre 1930 y 1982 las Fuerzas Armadas fueron un actor político central de la realidad argentina. Otras corporaciones empresariales, obreras y católicas también intervinieron significativamente, así como lo hicieron los contextos mundiales.

Con esto quiero destacar que sería errónea una explicación histórica centrada principalmente en la clase obrera y los sectores populares. Si es justo reconocer la singularidad de su acción en la génesis del peronismo, el alcance de la novedad demanda situarla en una sociedad de clases como la capitalista donde la clase obrera juega un rol defensivo, a menos que se produzcan esos acontecimientos raros denominados "revoluciones sociales". Con los hechos del 17 de octubre es verdad que la clase obrera argentina se modificó a sí misma al autoconstituirse en un agente político de primer orden. Su alcance fue vivido como revolucionario porque alteró la distribución del poder, aunque lo hiciera sin conmover la estructura de clases. Hubo un momento de vacilación en que todo pudo haber sucedido, incluso una revolución social. El renacido coronel Perón, para quien según su formación castrense las "masas" acompañaban a los dirigentes, no lo entendió de ese modo.

El mensaje de Perón en su alocución intentó retrotraer a la situación al discurso pronunciado el 10 de octubre. Insistió en la tranquilidad y se negó a extremar el conflicto. Mientras la multitud esperaba una exhortación al combate al preguntar "¿Dónde estuvo?", y así soñaba con una revancha de consecuencias desconocidas pero ciertamente diferentes del regreso al hogar para esperar las elecciones futuras, un Perón prudente llamó al orden con palabras dirigidas al recuerdo de su propia madre.

Sin embargo, algo irreversible había sucedido. El corte histórico que ese acontecimiento significó continuó en su movimiento molecular y organizativo durante los días siguientes. El gobierno militar confirmó la convocatoria a las próximas elecciones y el día 24 de octubre nació desde los sindicatos el Partido Laborista, la fuerza militante principal que llevaría a Perón a la presidencia.

El despliegue de la campaña electoral activó las redes sindicales en diferentes partes del país, pero también las conexiones asociativas de pequeños grupos simpatizantes auto-organizados, de los "centros cívicos" y otras instituciones menores. Del mismo modo, un mundo asociativo fue despertado por el frente alternativo, la Unión Democrática. En ésta, anexos a los partidos políticos se alistaron para la contienda agrupaciones sindicales con otra opinión que la cegetista, asociaciones culturales y organizaciones estudiantiles. El asociacionismo cristiano, con la Acción Católica como su organismo mayor y la tutela de la jerarquía eclesiástica, se declaró políticamente prescindente aunque manifestó su antagonismo contra el laicismo que denunció en la Unión Democrática...

Ese verano de 1945-1946 experimentó una vivacidad en el activismo social pocas veces vista, al menos con alcance nacional. Las votaciones del 24 de febrero fueron las más intachables que se recordaran en la historia argentina, según se apresuraron a declarar los partidos y diarios tradicionales dando por descontada la victoria de la fórmula Tamborini-Mosca. El recuento de votos demoró un mes. A fines de abril de 1946 la Argentina se aprestaba a comenzar de nuevo. Perón había sido elegido presidente.

4. CONSTELACIONES DE CLASE OBRERA Y PERONISMO

LA “CAÍDA” DE LUIS GAY

Un rasgo que se supuso común a todo el primer peronismo, transcurrido entre la asunción presidencial de Perón en junio de 1946 y el golpe militar de 1955, residió en la atribución de absoluta primacía a Perón, a la doctrina peronista y al Estado. De acuerdo con ese entendimiento, todo lo demás constituiría un teatro de falsedades. Así las cosas, no habría existido vida política porque el Partido Peronista había sido una mera fachada y la oposición fue reprimida. No hubo vida asociativa en la sociedad civil porque el Estado atenazó a los particulares y sus organizaciones locales.

La prueba mayor del autoritarismo peronista habría sido la subordinación del sindicalismo, como vimos, de gran importancia en la génesis política de la carrera de Perón, al Estado peronista. Sería la demostración última porque a diferencia de la política partidaria y lo múltiple de la civilidad (dos dimensiones presuntamente irrelevantes para la cosmovisión populista), el vasallaje de los sindicatos habría oprimido a la clase que el peronismo proclamaba liberar, manifestando así su esencia autoritaria.

Usualmente ese relato de la subordinación progresa en el siguiente itinerario. A fines de octubre de 1945 la CGT organizó el Partido Laborista, el que se distribuyó por todo el país y lideró el activismo electoral hasta febrero de 1946, mientras que la otra fuerza política convocada por Perón, el radicalismo renovador, solo proveyó especialistas en las lides por cargos sin mayores aspiraciones de liberación social. Una vez obtenida la victoria electoral, Perón decidió o se creyó forzado a deshacerse de un Partido Laborista con gran independencia política y social, disolviéndolo en mayo de 1946 y creando un Partido Único de la Revolución Nacional ceñido a su mando.

A lo largo del año siguiente—continúa la narrativa de la subordinación— Perón desplegó una táctica de desprestigio de la dirección laborista de la CGT y de su dirigente más reconocido, el telefónico Luis Gay. Arteramente defenestrado Gay (acusado de connivencia con sindicatos norteamericanos para conspirar contra el gobierno argentino), Perón impuso una cúpula cegetista incondicional a sus dictados. En una combinación de promoción de reclamos sociales y persecución de los sindicalistas discolos, Perón logró que hacia 1950 todo el gremialismo obrero estuviera bajo sus órdenes. Al mismo tenor de cosas obedecería el que en ese año la CGT declarase su adhesión a la “doctrina peronista” y se integrase al movimiento peronista como tercera rama junto a los partidos masculino y femenino. Después de Gay, consecuentemente, todos los secretarios generales de la CGT habrían sido títeres de la voluntad del líder y se habrían sometido a las directivas estatales, como por ejemplo el congelamiento salarial y cese de discusiones paritarias durante el lapso 1952-1954. El caso paradigmático de ese sometimiento

sería el del secretario general José Espejo, llamado socarradamente "Espejito" por Eva Perón. El descrédito de una burocracia sindical inerte sería una de las razones que explican la caída del gobierno sin pena ni gloria en septiembre de 1955.

UN MOVIMIENTO OBRERO CON VARIOS ACTORES

Es necesario hacer pródigas correcciones a ese relato simplificador. En primer término, el mundo sindical nunca fue del todo peronista. Es cierto que hacia mediados de 1947, con algunas escasas excepciones de gremios estructurados por oficio, la dirección principal de los sindicatos fue peronista. En buena medida eso estaba forzado por la ley de Asociaciones Profesionales que atribuía la personería gremial a un solo sindicato por rama de producción, el que era asignado a los núcleos simpatizantes del gobierno, tuvieran o no el mayor número de afiliaciones.

El reconocimiento era crucial porque avalaba la participación en las negociaciones paritarias, la posibilidad de declarar huelgas legales y la percepción de las cuotas sindicales. Las propias bases obreras fueron incorporando a su cultura de clase la convicción de que el espaldarazo oficial era conveniente para un sindicalismo eficaz. Sin embargo, en el nivel de delegaciones de base y activismos locales, otras militancias permanecieron activas e incluso fueron reconocidas por trabajadores y trabajadoras peronistas. Eso explica la importancia de militantes de variadas procedencias en huelgas obreras de enorme repercusión como las ferroviarias, bancarias y metalúrgicas en distintos momentos de la historia.

ción más allá de los momentos conflictivos, podemos advertir que en el plano local la capacidad organizativa y el compromiso clasista de los delegados poseía similar o mayor importancia que las proclamaciones ideológicas.

Por otra parte, la reducción del sindicalismo peronista a una unidad sumisa al líder es históricamente inadecuada. Los casos específicos enseñan que las lógicas fueron y debían ser forzosamente distintas. Por ejemplo, en el sindicato de trabajadores del azúcar de Tucumán, la FOTIA, creada hacia 1944, se desarrolló un liderazgo gremial laborista que preservó su independencia aunque apoyara eficaz y apasionadamente primero a la campaña electoral de 1946 y luego al gobierno de Perón. Sin embargo, también debía lidiar con la clase propietaria local, acostumbrada a una explotación inmisericorde de los trabajadores. Su autonomía de criterio condujo a la FOTIA, contra el deseo gubernamental, a una extensa y dolorosa huelga en 1949 que concluyó en derrota. El sindicato fue intervenido. Es solo un caso, pero basta para neutralizar la idea de un gremialismo títere e inerte.

¿La CGT no fue acaso, ella sí, la correa de transmisión de la voluntad de Perón? ¿No empleaba la facultad de intervención para someter los gremios rebeldes a su férula? Como en el caso de los sindicatos confederados, una primera objeción consiste en reconocer que los actores históricos son agentes y partícipes de las situaciones en que viven. Esto no significa atribuirles una autonomía o independencia absolutas, un rasgo que ni siquiera los más poderosos poseen. Pero sí demanda el esfuerzo por reconstruir qué hicieron en las circunstancias en que les tocó en suerte actuar. Lo que descubrimos entonces es que Perón y el gobierno peronista tuvieron una capacidad limitada para

decidir las políticas del sindicalismo. Eso se demostró cuando, en un momento crítico que será examinado en el próximo capítulo— Perón promovió en 1955 el Congreso de la Productividad mediante el cual quiso que la CGT asumiera, pagando el costo político, el aumento de la explotación obrera y se redujeran las incumbencias de las comisiones internas de delegados.

El Congreso fracasó en parte por la defensa corporativa de los intereses obreros que la CGT nunca abandonó y en parte porque incluso si aceptase a regañadientes un incremento en la explotación obrera, por razones políticas sabía que la reacción de las bases podía tornarse inmanejable. La huelga metalúrgica desarrollada entre mayo y junio de 1954 había advertido que una base obrera mayoritariamente peronista y una dirigencia sindical de escasa propensión al desacuerdo en modo alguno garantizaba el sometimiento a la reducción salarial y al aumento de la productividad.

Los nuevos estudios sobre la historia del sindicalismo durante el primer peronismo muestran la complejidad de la vida gremial. Ya no podemos pensar el gremialismo obrero de la época como una formación jerárquica unitaria y sin fisuras. Esa idea hoy pertenece a un prejuicio de clase desconocedor de la realidad histórica.

En rigor de verdad, las formas adoptadas por los sindicatos no fueron ajenas a ese abigarramiento de la vida social señalado a propósito del acontecimiento del 17 de octubre de 1945. El peronismo en el gobierno, ya lo dije, fue otra cosa que solo un fenómeno eminentemente estatal. Inseparable de la historia del Estado, un Estado que él transformó de manera sustantiva, el peronismo fue también un proceso dinámico ocurrido

en la sociedad civil. Aunque ideológicamente el peronismo se quiso antiliberal, tuvo los reflejos para articularse con la vida asociativa y los activismos civiles.

Insatisfecho con los estudios que se acercaron al peronismo con una dicotomía absoluta donde por un lado se encuentra el Estado y por otro la sociedad civil, alguna vez sugerí la conveniencia de radicar una de las claves de la hegemonía peronista en un tejido situado entre ambos, una “sociedad política peronista” donde, como en la noción de Estado ampliado propuesta por el teórico Antonio Gramsci, la estatalidad se derramaba y difundía por los miembros gruesos y menudos de la trama asociativa.

Los sindicatos sin duda, pero también sociedades fomentistas, bibliotecas y centros culturales, clubes deportivos y sociales, estimulados por los recursos disponibles sobre todo durante los primeros años de gobierno, interactuaron con el Estado peronista.

Algunas de esas asociaciones se aproximaron más que otras al peronismo. Éste tuvo una actitud activa de promoción y adhesión a sus intereses, con suerte dispar. Desde las ramas políticas del propio movimiento peronista, por ejemplo en las unidades básicas masculinas y especialmente en las femeninas, existió una voluntad consciente de desarrollar la sociedad política peronista en los barrios y circunscripciones. Eso le otorgaba presencia local, capacidad de transmisión de demandas y gestión de reclamos, obtención de información y también vocación de control. Ya no era el Estado invadiendo la sociedad civil, mancillando una presunta ajenidad. Por supuesto que el Estado peronista dispuso una vocación de incorporación a su alcance, pero también las instituciones y actores jugaron sus partidas, en un tejido de extraordinaria densidad.

¿Cómo podían los sindicatos permanecer exteriores a este plano donde se dirimían tantos aspectos cruciales de la realidad?

PRÁCTICAS SINDICALES Y TRADICIONES OBRERAS

La tesis de la correa de transmisión tiene como premisa la imposición peronista en el movimiento obrero de una estructura vertical de inspiración fascista. Gracias a ese verticalismo afín a un control estatal, sea por la presión informal en la designación de secretarios generales adictos como por el manejo de la caja de recursos obtenidos del aporte de la cuota sindical, el gremialismo obrero habría sido maniatado en favor de los objetivos políticos peronistas.

La historia del sindicalismo sugiere otro análisis. Nacidas en el seno de extraordinarias dificultades, las representaciones sindicales surgieron hacia fines del siglo XIX en diferentes formatos: algunas se limitaron a empresas, otras a ramas de producción, y se ensayaron desde el 1900 diversas confederaciones para lidiar con la conciencia de clase burguesa institucionalizada en el Estado, la clase política dominante y las organizaciones patronales.

Recién hacia 1930 fue posible edificar la CGT, aunque existieron variados intentos previos, usualmente pronto fracturados entre orientaciones políticas de las izquierdas: socialistas, sindicalistas revolucionarias, comunistas y anarquistas.

Hacia 1930 comenzó a prevalecer la opinión de que el único modo de conciliar una fuerza gremial unitaria consistía en poner en segundo plano las identidades políticas. Por otro lado se había impuesto definitivamente en la cultura obrera orga-

nizada la convicción de que era necesario constituir grandes sindicatos que agruparan oficios en una gran rama (por ejemplo, de la Construcción y ya no separados albañiles, yeseros, pintores, marmolistas, etcétera) y una organización confederal de tercer grado. A pesar de que continuaría activa en varios gremios de oficios, la opción anarquista de instituciones sindicales más próximas a las bases de labor perdió terreno.

Con la creciente intervención estatal en las relaciones obrero-patronales durante el decenio de 1930, ahondada por el peronismo, esa tendencia a construir grandes unidades gremiales se consolidó, insisto, confirmando una tendencia de la propia experiencia de la clase obrera. En otras palabras, las formas de organización y coordinación sindical fueron objeto de debate en la clase y todavía hoy discutimos la manera de construir un sindicalismo obrero fuerte a la vez que democrático.

Algo similar puede ser dicho a propósito de la violencia sindical. A menudo un rasgo deplorado por la crítica de clase media antiobrera, la violencia, constituyó un instrumento de acción proletaria anterior a la aparición del peronismo. Fue esencial en las prácticas huelguísticas y de presión organizativa, cuando la cantidad de afiliaciones dentro del total de la masa laboral era exigua y existían sectores desocupados dispuestos a trabajar en el lugar de los obreros huelguistas. Piquetes y peleas con "carneros" eran habituales e imprescindibles para sostener las medidas de fuerza, así como para resistir a los ataques de grupos pro-patronales durante las décadas de 1920 y 1930.

Del mismo modo, acciones de sabotaje y aprietes formaban parte del repertorio de prácticas propias de quienes se hallaban en situación desventajosa en la lucha de clases. Naturalmente,

esas costumbres se trasladaban a las relaciones intra-sindicales y generaban agresiones, para las que se preparaban desde los distintos sectores en pugna. Así las cosas, apelaban diestramente a saberes rudos en un sindicato peronista como la Unión Obrera Metalúrgica y en la dirección del sindicato de Trabajadores Municipales de orientación socialista liderado por un antiperonista recalcitrante como Francisco Pérez Leirós.

Con el peronismo esas costumbres en común de la clase fueron incorporadas a la nueva experiencia y utilizadas, ciertamente, contra las fracciones sindicales no peronistas. No estuvieron ausentes, sin embargo, en los diferendos entre peronistas. Se las prodigó con los sectores insumisos a las directivas superiores, pues eran inmediatamente catalogados como falsos peronistas o “comunistas”. Pero insisto en que seguían siendo hábitos ya conocidos. Otras creaciones obreras fueron igualmente desarrolladas en el periodo peronista, no siempre en el sentido unificador de un “cuerpo social” soñado en la idea de “comunidad organizada” donde los conflictos de clases fueran domesticados por la articulación corporativa de grandes confederaciones (la CGT para la clase obrera, la Confederación General Económica para las empresas, la Confederación General de Profesionales para la clase media).

Me refiero a los órganos intermedios de delegaciones de base, lugares de trabajo u oficinas, que fueron esenciales en la conflictividad laboral del periodo. Otra vez, las comisiones internas de fábrica y oficina pueden ser rastreadas con alguna significación al menos hasta mediados de la década de 1930. Con el peronismo lograron un reconocimiento oficial y se generalizaron.

Si en numerosos casos esos cuerpos de delegados se sometieron a las directivas del sindicato madre y de la CGT, en otros se resistieron a imponer decisiones superiores y manifestaron una independencia atendida a las opiniones dirimidas en asambleas de base. Incluso para la más alta élite política peronista deseosa de ser la conductora de un país burgués sin tensiones clasistas —pues el primer peronismo siempre impugnó cualquier posibilidad de cuestionar el sistema capitalista— la vocación por garantizar la producción colisionó con los derechos adquiridos en cuanto a productividad y uso del tiempo en el trabajo cotidiano que redujeron la explotación laboral absoluta.

OTRAS HISTORIAS OBRERAS DURANTE EL PERONISMO

Como sea que fuere, todo lo dicho previamente en este capítulo es un poco artificioso. No es que sea falso. Solo obedece a una concepción limitada de lo que fueron las experiencias obreras. Las y los trabajadoras no pasaron su tiempo solo en el trabajo y en el sindicato, o en la manifestación pública y en los conflictos de clase. Vivenciaron otros segmentos de tiempo en sus vidas sexuales y amicales, familiares y de ocio, que fueron igualmente relevantes. Entiendo que una de las razones del éxito del peronismo en interpelar a la clase obrera consistió justamente en la diversidad de aspectos de su vida en que supo otorgar recursos y suscitar deseos. Sin embargo, la historia de la clase obrera está lejos de agotarse con el peronismo. No solo porque, reitero, no toda la clase obrera era peronista, ni tampoco porque el votar o querer a Perón fuera asumido de modos diferentes, sino

porque la vida cotidiana se dirimía solo parcialmente a propósito de las fracturas políticas nacionales.

Me interesa por eso arrojar una mirada, así sea rápida, al mundo de las trabajadoras domésticas. ¿Por qué? No tuvieron un gremio poderoso ni participaron en huelgas. Fueron sin embargo un sector de la clase de primera importancia para comprender ese periodo de la historia nacional. Retomo en este momento algunas cuestiones desarrolladas con mayor detenimiento en mi libro *Crónica sentimental de la Argentina peronista*.

La historia sindical de las trabajadoras domésticas, entonces llamadas sirvientas, mucamas y "chicas", fue muy ardua. Lo había sido ya desde principios del siglo XX. La dispersión laboral en casas separadas, la informalidad del empleo y la circulación espacial, imposibilitaron la creación de una organización estable. Fue recién con el peronismo, y bajo el impulso de la CGT, que el sindicato de trabajadoras domésticas logró alguna constancia.

La experiencia de las trabajadoras contenía una vigorosa conexión con los fenómenos migratorios que un sentido común y también la sociología de las décadas de 1950 y 1960 enlazaron con la "base popular" del peronismo: la "migración interna" de "cabecitas negras", individuos de piel oscura, con mezcla indígena o africana en algún grado. Hoy sabemos que ese fue un estereotipo y que si bien hubo migraciones desde el llamado "interior" del país a lo largo de las primeras décadas del siglo, los itinerarios y maneras culturales siguieron patrones más complejos que la idea simplista de pobres tradicionalistas felices de reencontrar en Perón la contención de los caudillismos provinciales. Además es imposible establecer una correlación electoral unívoca entre migrantes y voto peronista.

En contraste con la imagen tradicional del "cabecita negra" como representación del obrero peronista, datos demográficos evidencian la mayor significación de las mujeres migrantes, a lo que me interesa añadir su relevancia práctica y simbólica. De allí la importancia de las cuestiones de género y sexualidad para comprender al peronismo no solo como idea política, sino también como experiencia histórica colectiva. Con el protagonismo de las trabajadoras domésticas quiero reintroducir esos aspectos difícilmente compatibles con las miradas androcéntricas, negadoras de las tensiones de color y "raza" entrecruzadas con los antagonismos políticos y sociales generados a propósito del peronismo.

Las sirvientas y mucamas participaban a principios del siglo XX del ámbito de las "clases peligrosas", de la heterogénea clase obrera en la época. Pertenecían a esa clase por condición social pues carecían de medios de producción, pero también por vínculos familiares y por el propio trabajo. En 1920 una obrera tejedora podía pasar a ejercer la prostitución, o combinarla con los magros salarios fabriles. Luego podía dedicarse a la venta ambulante, al servicio doméstico, sin que todo ello fuera obstáculo para tratar de escamotear algunos bienes por aquí y por allá. La clase dominante y sus intelectuales, así como sus órganos represivos, concibieron todo eso como "mala vida". Con el avance del siglo, las condiciones de vida de las mujeres trabajadoras continuaron proveyendo datos para las profesiones "peligrosas". A principios de los años cuarenta, la investigadora chilena Felicitas Klimpel realizó un estudio de la criminalidad femenina en la Argentina. De las informaciones recogidas en el Asilo Correccional de Mujeres para los años treinta e inicios de los cuarenta observó la elevada proporción de las sirvientas.

La tendencia no se alteró durante el primer peronismo. Sirvientas y mujeres dedicadas a “quehaceres domésticos” ocuparon más del 80% de las reclusas en el periodo 1945-1954. ¿Cuáles fueron los delitos por los cuáles las trabajadoras fueron encarceladas? Hurtos pequeños, robos, agresiones físicas contra patrones, ataques entre las propias obreras, intentos de asesinato de novios abandonados, infanticidios y abortos.

Es aconsejable no romantizar la dureza de esa vida que muchas veces terminaba en la locura. Datos extraídos del Asilo de Alienadas (luego Instituto Neuropsiquiátrico “José A. Estévez”, situado en la localidad bonaerense de Temperley) para el periodo 1920-1970 revela que una proporción significativa de las internas estaba compuesta por empleadas domésticas. También en este caso las estadísticas son discutibles y un trabajo más minucioso exigiría un estudio pormenorizado. Pero si consideramos las declaraciones de las internas bajo tratamiento, encontramos que de 3.208 mujeres, 2.971 se identificaron como ocupadas en “quehaceres domésticos”, 255 como trabajadoras domésticas (sirvientas, mucamas, niñeras, cocineras), 59 modistas, 34 obreras, 25 costureras, 22 maestras, 16 lavanderas, 13 enfermeras, 12 profesoras de corte y confección y piano, y siguen otras de menor cuantía. Así como es muy probable que las modistas y costureras fueran la misma profesión pues “modista” era más prestigioso que “costurera”, lo mismo sucede con los “quehaceres domésticos” que las domésticas solían declarar.

Los datos obtenidos componen un cuadro tensionado entre el sufrimiento particular de la fracción de clase y las instituciones estatales. No solo el Estado excluyó a las domésticas de las tímidas regulaciones laborales hasta 1946, sino que también

las inscribió en los mecanismos de la prisión y el manicomio como sus huéspedes forzadas más numerosas. A fines de ese año una iniciativa peronista impuso el aguinaldo para las sirvientas y en 1950 se fijó el día franco semanal. Recién en 1955 se discutió en el parlamento una regulación para la ocupación, la que fue implementada durante el régimen de la Revolución Libertadora. Sin embargo, esa fue solo la mitad de la historia.

Una doméstica paranoica del Asilo de Alienadas escribió una carta a su patrona en 1949 en la que decía oír voces que la acusaban de “ladrona y atorrante”. Eran voces equivocadas porque, opuso, ella no era de salir ni tener amoríos circunstanciales. Es interesante la reiteración en cartas como esa las habituales acusaciones contra las domésticas: lubricidad sexual, latrocinio, chismerío, incultura. Lo que para la empleada enloquecida se congregaba en la conspiración paranoide, refractaba bien la reputación de las sirvientas. Quiero subrayar que no se trataba solo de reproches prejuiciosos, o no es la dimensión del prejuicio lo que permite capturar su sentido histórico más intenso. En efecto, en su experiencia de clase las sirvientas abortaban, tenían relaciones sexuales extramatrimoniales, asesinaban, robaban, transmitían rumores, entre muchas otras actividades pertenecientes a su vida cotidiana. Esas eran notas vitales de sus vivencias, tanto como los sueños de matrimonio, maternidad, reconocimiento y ascenso social sobre los que insisten las interpretaciones ingenuas.

Veamos un recorrido biográfico obtenido del archivo del Servicio Penitenciario Federal. Es el caso de una joven que había nacido en Rosario, en noviembre de 1914. Trasladada a la localidad de Pergamino, cursó hasta tercer grado de la escuela

primaria. A los 12 años comenzó a trabajar como sirvienta. A los 15 años inició su vida sexual con un peón de campo en su provincia natal. De ese vínculo nacieron dos hijos que no fueron reconocidos por el padre. En 1938 decidió junto a una prima hermana mudarse a la ciudad de Buenos Aires. Se instalaron en la casa de una "tía postiza", probablemente una conocida de Rosario que facilitó la cadena migratoria para llegar a la Capital Federal y la obtención de empleo. Consiguió su primer salario en el servicio doméstico. Trabajó también en fábricas. Fue apresada a fines de los años cuarenta por robar dinero de un bolsillo en la casa en que realizaba tareas domésticas.

La crónica periodística también transmite, en un plano diferente, el hecho decisivo de la corporalidad sexual de las trabajadoras. La sexualidad había sido desde hacía largo tiempo un aspecto crítico de la labor doméstica. Las mujeres de ese sector de clase solían ser objeto de acoso por los patrones y utilizadas como cuerpos para el inicio sexual de los varones jóvenes de la familia. Pero no eran víctimas inermes y también podían utilizar sus atributos eróticos de modo activo.

El diario peronista *La Época* describió en abril de 1948 a una trabajadora atractiva como "una fámula bastante agraciada en su frágil personita de apariencias inofensivas". Tenía 19 años y era llamada "La Correntina". Apresada tras un robo a su patrón, la publicación destacó que perdía así su poder porque "en los calabozos no hay espejos". Entusiasmado por el incidente de la bella mucama, *La Época* recordó el caso afín de una sirvienta de reciente actividad delictiva, apodada "La bella Fanny", "La Pantera" o "La Uruguayita".

Considerada desde la compleja moralidad popular, el delito era una opción entre otras entrecruzadas en la vida laboral. No puede descartarse que en algunos episodios contuvieran vetas individuales de resistencia de clase e incluso de reivindicación subjetiva, como en los casos en que se robaban los mejores vestidos de la dueña de casa o simplemente se arrojaban las prendas a la calle para que se estropearan. En verdad el empleo doméstico podía ser una adecuada fuente delictual de ropas, alhajas y perfumes, tal como lo probaron dos hermanas cordobesas empleadas como sirvientas que, según informó el diario *El Laborista*, las "lucían elegantemente en las boîtes". Una joven trabajadora rosarina de diecinueve años sustrajo joyas para ostentarlas ante sus amigas, según declaró.

El resarcimiento contra la diferencia de clase con las patronas y sus hijas no fue un tema menor. Así sucedió con una doméstica nacida en Luján, en 1925, encarcelada por robo a sus patrones en 1947 y en 1953. Había cursado la mitad de la escuela primaria, estudió Corte y Confección (sus familiares recordaron que nada había aprendido porque se la pasaba "jugando y charlando"). A los quince años migró con familiares a Buenos Aires, donde vivió con estos, con amigas o en pensiones. Tuvo un hijo no reconocido que envió con su madre en Luján. Trabajó en fábricas de textiles, cartones y carteras, además de mucama. Su patrona informó de sus "malos hábitos", tales como la asistencia a cines, teatros, boîtes, además de la lectura de novelas sentimentales y realistas, la radioescucha de obras teatrales y música popular. Robó en la pensión donde era mucama. Cuando la detuvieron portaba un arma descargada que, dijo, la hacía sentirse "más segura". Aunque el informe criminológico sugiere que fue indu-

cida a la sustracción, no suministraba evidencias de ello. Es más sugestivo que transmitiera cómo la propia encarcelada articulaba la motivación de su robo: "Expresa que no tenía ninguna necesidad de cometerlo, obró impulsada por el deseo de tener algo que estaba fuera de su alcance". Extraer conclusiones precisas de una transcripción tan mediada carecería de seriedad, pero es verosímil divisar una protesta de clase.

Las interacciones de las trabajadoras con las otras clases y sus convicciones eran diversas, algunas pacíficas, otras angustiadas y en fin, otras decididamente hostiles. No obstante, las relaciones predominantes estaban recubiertas por vínculos de extrema complejidad en las que las armas de las débiles asumían figuras diversas. Desde la perspectiva de las patronas interpretadas por los periódicos, las quejas adoptaban la forma cómica, trámite conocido de expresión del desprecio, simbolización e injuria entre mujeres de clases enfrentadas. Sucede que en ocasiones la lucha de clases no se forja en un molde colectivo ni se materializa institucionalmente. Pero no es por eso menos real.

Ejemplifico el tema con dos imágenes publicadas por el diario tucumano *La Gaceta* en 1951. En una de ellas, intitulada "La primera misa", se observaba la conversación de dos patronas católicas empleadoras de domésticas. Una señora preguntaba a su interlocutora: "¿Por qué madrugadora, doña Serapia?". La otra respondía: "Para que mi sirvienta pueda venir más tarde. A ella no le gusta levantarse temprano". Otro dibujo cómico intitulado "Las fámulas que se surten del ropero de la patrona", representaba el diálogo entre una empleadora y una trabajadora. La primera decía: "¿Así que no quiere que me darme conmigo?", a lo que la doméstica contestaba: "No me co-

viene, Señora; tenemos el cuerpo muy distinto una de la otra". En el fondo conversaban empleadas usando la vestimenta de sus patronas. De dos perspectivas de clase, una sola era expresada en la escena: mientras se representaban las demandas de las sirvientas, se negaba la humillación que acompañaba al utilitario traspaso de las vestimentas en desuso.

El conflicto de moralidades, las figuras de la injuria, las facetas sociales del delito, las tramitaciones cómicas de las tensiones entre patronas y mucamas, revelaban una dimensión de la relación de clase fundamental en la experiencia de las trabajadoras.

No es por azar que las trabajadoras domésticas fueran las identificadas con las "cabecitas negra" odiadas por la clase dominante y buena parte de las capas medias. Constituyeron el núcleo simbólico femenino del peligro social que temían en el peronismo. Tampoco fue por azar que cuando la psicoanalista Marie Langer examinó el "mito del niño asado" en 1950 (según el relato, la sirvienta cocinaba al niño del hogar y lo servía en una fuente a sus padres) identificara en la doméstica la figura de Eva Perón como la "madre mala" del psicoanálisis kleiniano. Lo que Langer no podía percibir allí era una confrontación de clase entre las domésticas y sus patrones, una colisión que antecedió en mucho al peronismo y lo sucedió después de 1955, pero que verosímilmente adquirió desde 1945 una vivacidad inédita. También fueron las sirvientas las que alimentaron la imaginación literaria clasista y racista del escritor Julio Cortázar en sus cuentos de *Bestiario* (1951): "Casa tomada" y "Las puertas del cielo" a menudo asociados con el rechazo a la "invasión" de la ciudad "blanca" y el goce popular. Las construcciones

psicoanalíticas y literarias de Langer y Cortázar se nutrían de una extendida prevención contra las sirvientas que recorría la sociedad. Si eran vistas como peligrosas y ladinas, sexualmente agresivas y traicioneras, ello obedecía menos a unos prejuicios infundados que a una visión de clase de un sector social y una experiencia de género, así como de sexualidad, que luchó en condiciones de enorme asimetría por afirmar su existencia.

Las trabajadoras domésticas durante el primer peronismo sufrieron las coerciones de su lugar de clase, de género y cultura, de clasificación de color de piel y etnicidad. Pero también fueron sujetos y objetos de los vínculos sexuales, de un erotismo que alcanzó incluso representaciones literarias perdurables.

Detenerme en este aspecto de la experiencia obrera posee el interés adicional de destacar que una historia desde abajo de la Argentina peronista no hace de Perón y el Estado, pero tampoco de la sociedad política peronista, el todo de la realidad de clase. Puesto en otros términos, si el peronismo en el gobierno y en el movimiento sindical fueron datos ineludibles, estaban lejos de agotar la experiencia concreta. Escribir una historia desde abajo consiste también en preservar ese margen de singularidad de los actores.

5 ¿POR QUÉ Y CÓMO FUE DERROCADO EL GOBIERNO DE PERÓN?

UNA CAÍDA INESPERADA

Las prácticas electorales durante el primer peronismo fueron *grasso modo* incuestionables, e incluso intachables si las comparamos con las precedentes a 1946 y las posteriores a 1955. Tuvieron lugar algunas innovaciones que procuraron favorecer resultados eleccionarios convenientes al oficialismo, tales como la modificación de las circunscripciones de la ciudad de Buenos Aires hacia 1951. Ese tipo de prácticas fueron y son habituales en las estrategias políticas. Lo esencial es que en comicios transparentes, el voto peronista no cesó de crecer. En la última votación nacional del periodo, ocurrida en abril de 1954, el guarismo pro peronista alcanzó el 63 por ciento. No se percibía, entonces, un deterioro de la hegemonía electoral del gobierno.

En materia económica era notorio hacia 1950 que la bonanza perceptible entre 1946 y 1947 había pasado y nuevos problemas aquejaban al país. A las dificultades ocasionadas por las disputas geopolíticas que habían marginado a la Argentina del Plan Marshall con que los Estados Unidos auxiliaron la recuperación económica de los países comprometidos en la guerra

contra el Eje, se añadieron las contradicciones propias de una producción agroexportadora de bienes primarios.

Es, desde luego, el problema que persiguió a la Argentina desde hace casi un siglo y explica la inestabilidad de su economía. La centralidad de la exportación de bienes primarios hace a la balanza de pagos frágil ante los movimientos anónimos del mercado mundial y tiende a elevar los precios internos de los productos exportados generando una dinámica inflacionaria controlable en la medida en que se posean reservas de divisas externas.

Para la economía peronista, al paso que se agotaban las reservas de monedas fuertes o deudas contraídas por países europeos, en particular tras la compra de los ferrocarriles a Gran Bretaña, la presión inflacionaria se convirtió en una tortura permanente. Por añadidura, el aumento del consumo popular redujo los saldos exportables imponiendo un mayor apremio a la balanza comercial.

El proyecto de impulsar la industrialización orientada al mercado interno, haciendo sistemático un movimiento productivo inducido estructuralmente a lo largo de la década de 1930 y durante la "protección" generada por la guerra, consistía en transferir recursos del campo a la producción urbana a través de la nacionalización del comercio exterior. El instrumento para esta tarea se llamó Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio, IAPI, que compraba la producción agropecuaria a un precio definido políticamente y negociaba la venta en el exterior.

Varios problemas se le presentaron al gobierno peronista. Todos ellos implicaban de alguna manera redefinir los términos de sus características promesas populistas, redistribuidoras y nacionalistas.

El despliegue industrial realizado en un primer momento gracias al uso de la capacidad instalada ociosa demandó más adelante la incorporación de nuevas maquinarias, obtenibles solo por la vía exportadora. Aumentar los saldos exportables suponía elevar la producción agropecuaria y disminuir el consumo interno, atenuando por ende el impulso industrializador ligado a la demanda. En cambio, se estimuló la exportación de bienes manufacturados a través de tipos de cambio preferenciales. Al mismo tiempo, el sostenimiento del empleo industrial solo podía ser continuado si se creaban las condiciones de una mayor explotación del trabajo, lo que requería un ascenso de la productividad. A ello se añadieron las dificultades energéticas.

Una opción consistía en el ingreso de capitales extranjeros, tanto para la producción industrial como para la energética, pero esa posibilidad colisionaba con el discurso nacionalista y adverso a las inversiones foráneas. La incorporación de capitales extranjeros asociados a empresas locales, como sucedió con la firma IKA, fue nimia. Las negociaciones con la empresa californiana Standard Oil para la exploración petrolera debieron ser discontinuadas.

A pesar de todo, la economía argentina hacia 1955 se hallaba relativamente estabilizada. La inflación estaba controlada con el 3,8% anual para 1954. Aunque la dificultad del incremento de productividad no fue resuelta por el mencionado Congreso con que Perón quiso aliar a la CGT con el empresariado, las cifras de la producción eran aceptables (por supuesto, no es lo que defendió la insaciable burguesía, cuya rentabilidad dio un salto cualitativo desde fines de 1955 hasta 1964, como no podía ser de otra manera, a expensas de la clase obrera). El obstáculo

de la falta de inversión y el problema energético continuaban irresueltos, pero no había una crisis que justificara la inestabilidad política verificada.

EL “RÉGIMEN EXHAUSTO”

¿Se había producido una “rutinización” de la vida política y social en razón de la cual la legitimidad peronista perdió vigor y capacidad de regenerarse en nuevas circunstancias? Eso ha sido sostenido muchas veces ya desde aquella época. Habría ocurrido una simplificación de la hegemonía electoral peronista en detrimento de su riqueza societal inicial, en favor de las estructuras estatales y la obsecuencia hacia el líder. Esa narrativa rastrea el momento, como preguntó Mario Vargas Llosa para el Perú, en que la Argentina peronista se arruinó.

Algunas interpretaciones situaron esa fractura hacia una regimentación autodestructiva en la reforma constitucional de 1949, otras la ubicaron entre septiembre de 1951 con el intento de golpe de Estado ensayado por el general Luciano Benjamín Menéndez y la reelección de Perón en noviembre, otras optaron por emplazarla en julio de 1952 con la muerte de Eva Perón. El Estado y Perón habrían actuado como parásitos que consumieron la vivacidad inicial del peronismo.

Al momento democrático le habría sucedido el momento burocrático. Fenómeno de la democracia argentina, dinámica incorporadora de la clase trabajadora hasta ese momento excluida del escenario nacional y ciudadanizadora de las mujeres, la tracción innovadora e inclusiva del peronismo se agotó hacia 1951. Con la segunda presidencia, a partir de 1952,

comenzó una etapa represiva y autoritaria en la cual Perón consideró realizada la “comunidad organizada” y privó de cualquier legitimidad a la oposición. Y así el “régimen exhausto” — como lo llamó el historiador Félix Luna— se habría condenado a la caída, pues al clausurar todas las posibilidades de una alternancia política, la caldera argentina solo podía estallar. La oposición realizó un destino prefijado en la política peronista.

El peronismo y el antiperonismo se vieron entonces lanzados a una escalada de enfrentamientos donde solo uno podía vencer. Con el desafío que Perón lanzó a las asociaciones católicas laicales y sus asesores en noviembre de 1954, acusándolas de infiltrarse en las “organizaciones del pueblo”, emergió una fuerza moral articuladora de las diversas oposiciones, tanto políticas como culturales y militares, que abatieron violentamente al gobierno entre junio y septiembre del año siguiente.

Esa explicación tiene varias dificultades. En primer término, las dimensiones carismáticas y organicistas del peronismo fueron datos constitutivos de su oferta política. La noción de una planificación centralizada, de un movimiento que fuera más que un partido, de una identidad entre el presidente, el Estado y la unidad nacional, estuvo presente desde 1946. En segundo término, los canales para la resolución constitucional de la competencia política siempre se mantuvieron abiertos. Incluso el único partido que era incompatible con el nacionalismo peronista, el Partido Comunista, nunca fue prohibido.

Las aspiraciones más disciplinadamente corporativas y estatistas del peronismo fueron en parte imaginarias, como son parcialmente imaginarias dimensiones constitutivas de todas las ideologías políticas. En una reconstrucción histórica

es desaconsejable confundir las enunciaciones discursivas con la plasmación concreta. El corporativismo en el peronismo fue institucionalizado, de modo marginal, en la constitución de la nueva provincia Presidente Perón (Chaco), en 1951, para la conformación del poder legislativo. El modelo no fue aplicado a la provincialización contemporánea de La Pampa y a la de Misiones realizada en 1953. Respecto de los "Planes políticos" diseñados desde el Ministerio de Asuntos Políticos, documentos internos en los que se dio rienda suelta a la vocación de control absoluto por parte de algunos cuadros peronistas, tampoco deben ser confundidos con la realidad.

Retornando a cuestiones menos fabulosas, el problema de las ofertas electorales alternativas al peronismo residía en que no superaban al 35% del voto general. El que el peronismo tuviera una concepción poco republicana de independencia de los tres poderes del Estado es una cuestión opinable, sobre todo en un país que había hecho del fraude electoral una larga tradición. Pero incluso si fuera el caso, es dudoso que el predominio electoral peronista debiera conducir a una implosión política.

Las acciones y reacciones adoptadas por el gobierno de facto ilegítimo, instalado en septiembre de 1955, reveló que la oposición estaba igualmente poco predispuesta a realizar el republicanismo liberal y democrático tan ardientemente proclamado. El golpe antiperonista tuvo un inocultable dejo a revancha de clase, antipopular y violento. Luego de que el 16 de junio aviones de la marina bombardearan la Casa de Gobierno y la Plaza de Mayo con una manifestación en curso, masacrando a más de 350 civiles desarmados (o a lo sumo con algunas armas cortas), la oposición reiteró su ánimo golpista tres meses más tarde. Así

confirmaba la despreocupación hacia las consecuencias criminales de su antiperonismo.

No es claro sin embargo por qué el gobierno de Perón fue finalmente derrotado. Lo que varias generaciones se han preguntado son las razones por las cuales la clase obrera, y en especial sus órganos gremiales, no desarrolló un activismo más decidido en defensa del gobierno. Era inocultable que el ataque contra el "totalitarismo" peronista involucraba la agresión hacia un esquema de poder en el cual la clase trabajadora había conquistado un lugar inédito en la política y sociedad argentinas.

CUANDO EL PERONISMO PERDIÓ EL ESPACIO PÚBLICO

A menudo se ha argumentado por el desgaste del propio gobierno, un Perón sexagenario en decadencia y una burocratización del movimiento peronista. Algo similar se observa para el sindicalismo, con una CGT agigantada pero inmóvil, satisfecha de su oficialismo e incapaz de recuperar el vigor movilizador desplegado entre octubre de 1945 y febrero de 1946. El organicismo conciliador del peronismo habría mellado la prolongada enseñanza de la lucha de clases que habilitó al proletariado argentino generar inesperadamente un 17 de octubre de 1945. Aburguesada y creyendo que nadaba a favor de la corriente en la "Nueva Argentina" proclamada por el líder, la clase habría despertado de su sueño dogmático con la brutalidad del golpe de Estado.

Lo cierto es que la oposición le ganó las calles al peronismo. En primer término se reactivó la retícula asociativa de la Acción Católica, la que despejando al sindicalismo obrero era la

organización civil mejor articulada de la Argentina. Creada en 1931, la Acción Católica estaba compuesta por un laicado cristiano cuyas cuatro ramas (masculina y femenina tanto adulta como juveniles) estaban complementadas por otras asociaciones profesionales del mismo signo y un sinnúmero de agrupaciones locales, a la que es preciso articular la formalmente independiente Juventud Obrera Católica, la JOC. Fueron activistas de la Acción Católica quienes llevaron adelante la campaña antiperonista de desprestigio y rumores, organizaron las movilizaciones y publicaciones clandestinas, además de los cruciales contactos con sectores políticos, económicos y militares. Adquirieron nuevas significaciones reuniones como las Semanas Sociales y otros encuentros de las asociaciones laicales, los congresos de médicos, abogados y economistas católicos, así como los centros y círculos que se congregaban regularmente en las parroquias a lo largo del país.

Una primera expresión pública de magnitud posterior al discurso de Perón fue la marcha en ocasión de la Inmaculada Concepción de María, el 8 de diciembre de 1954. El verano siguiente estuvo abarrotado de especulaciones y publicaciones de creciente vehemencia por ambas partes. Varias normativas y disposiciones revelaron el antagonismo, como un artículo de la ley de Bien de Familia habilitante del divorcio vincular, la legalización del ejercicio de la prostitución y, sobre todo, el cese de la obligatoriedad de la enseñanza religiosa.

Con la enorme movilización de Corpus Christi del 11 de junio de 1955, el catolicismo aliado con distintos sectores se mostró desafiante en el espacio público ante un peronismo inerte. Solo atinaron a acometer algunas acciones de amedrentamiento, en

rigor contraproducentes, los grupúsculos de la Alianza Libertadora Nacionalista y del Movimiento de la Juventud Peronista. La quema de ocho iglesias en la ciudad de Buenos Aires decidió a la conspiración militar el lanzamiento del golpe el 16 de junio.

Desesperado, el interventor del Partido Peronista porteño, John William Cooke, convocó a recuperar el activismo barrial y localizado, a rearticular las prácticas de movilización y pugna por lo público. Era tarde. En los primeros días de julio el jefe del peronismo reconoció su debilidad y declaró "el fin de la revolución". Contrariado y otra vez excedido por el peso de la realidad, en el discurso del 31 de agosto llevado a cabo en la Plaza de Mayo pronunció la célebre amenaza según la cual por cada peronista que cayera víctima de la violencia caerían cinco adversarios. La convicción de movilización popular y desde abajo había sufrido un castigo traumático con las muertes del 16 de junio. En nombre de la CGT, su secretario general Hugo Di Pietro ofreció con escasa convicción al Ejército proveer milicias obreras. La oferta fue declinada el 7 de septiembre con palabras vanas por el general Franklin Lucero.

Es habitual encontrar impugnaciones del carácter "libertador" del golpe de Estado de 1955. El peronismo suele llamarla "la fusiladora" debido a las ejecuciones del 9 de junio de 1956. Así le niega la carga de liberación y el nombre de revolución. Sin embargo, fue una revolución. Una revolución ciertamente extraña porque involucró a las Fuerzas Armadas del Estado que se insubordinaron contra sus mandos instituidos. Pero hubo un activismo revolucionario antes e independientemente de que se plegaran a la conspiración las vacilantes fracciones militares, en

especial la Marina (en el Ejército, arma de origen de Perón, en preponderante la simpatía hacia el presidente constitucional).

El peronismo perdió el poder luego de haber cedido las calles y la presencia, de cuerpo y palabra, en el espacio público. No me refiero únicamente a la comparecencia en las plazas mayores de las ciudades en ocasión de actos gubernamentales ni a la multiplicación de fotografías de Perón en la prensa o en la propaganda. Antes que en la cristalización estatalista y autoritaria tantas veces señaladas, pienso en los activismos locales en una malla abigarrada de espacios institucionales e informales coextensiva con los tejidos mismos de la sociedad.

Insisto en que el concepto de sociedad política con el cual he argumentado que no hay una oposición de principio, "liberal", entre el fortalecimiento del Estado y el florecimiento de un asociacionismo complejo. Desde septiembre las y los peronistas se vieron impedidas de ejercer esa capacidad que había sido decisiva en octubre de 1945 pero había sido paulatinamente mellada por una hegemonía electoral que creyeron eterna y en favor de dirigentes que consideraron infalibles.

Carecemos de estudios que hayan encarado la investigación detallada sobre la vida cotidiana y el activismo político-social de los años finales del primer peronismo. En un relevamiento por mí realizado hace más de una década en torno a las asociaciones de la sociedad civil en conexión con el Estado "gramsciano" peronista, los datos recogidos sugirieron una situación ambivalente.

Hacia mediados de 1955 el sino del gobierno peronista no estaba sellado. De hecho, las primeras hostilidades posteriores al levantamiento militar con apoyo civil del 16 de septiembre fueron de resultado incierto. Aunque la moral de las tropas

leales estaba en cuestión, el gobierno se hallaba a la ofensiva cuando las radios anunciaron el fin del conflicto y la asunción del gobierno por el general Eduardo Lonardi. Algunas unidades de la Armada amenazaban con bombardear refinerías y ciudades costeras, pero no era un riesgo serio para el Ejército leal. Lonardi y sus fuerzas estaban varadas en Córdoba. Perón decidió capitular. Ya en el exilio razonó que había deseado evitar un derramamiento de sangre. Entre la sangre y el tiempo, dijo, prefería la acción del tiempo. Él regresaría al poder tarde o temprano. El tiempo, finalizó, revelaría la maldad de sus enemigos.

6 ¿QUÉ FUE LA RESISTENCIA PERONISTA?

VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE

Sorprenderá la presencia de este capítulo que excede a 1955 e un libro sobre el primer peronismo, un peronismo cuyo alcance histórico habitual concluye en el tardío otoño de aquél año. La razón es que no siempre una historia se atiene disciplinada a la cronología que dicta el calendario y mucho menos a la ocupación del Estado como criterio de historicidad.

A veces los procesos históricos se prolongan más allá de su vida burocrática, sobreviven en la experiencia social a su muerte estatal. Eso fue justamente lo que sucedió con el primer peronismo: una sobrevida de sus dilemas y posibilidades prolongó sus dramas más allá del momento en que la cañonera paraguaya y luego un avión bimotor condujeron a Perón hacia las tierras rojas de Asunción. Esa vida tras la muerte es conocida como la "resistencia peronista".

Se denomina resistencia peronista al activismo insurreccional contra el gobierno de la Revolución Libertadora. Un entrelugar cuyo alcance temporal, según explicaré pronto, es objeto de controversia. Es seguramente un error delinear con la precisión del calendario un movimiento colectivo e inorgánico como el de la resistencia peronista. Su carácter, a la vez

también su fuerza y debilidad, consistió en la multiplicidad de formas, orientaciones y métodos. El propósito compartido era el retorno de Perón al poder, aunque las implicancias de ese regreso difirieran según los actores involucrados. Para algunos la meta consistía en recuperar los años del primer peronismo, para otros implicaba ir más allá de sus limitaciones. Tal vez para la mayoría el horizonte fuera incierto.

Las cronologías en competencia de la resistencia peronista poseen sus razones. Las que se emplazan en el combate contra la Revolución Libertadora la sitúan entre septiembre de 1955 y febrero de 1958, momento en que con la anuencia de Perón asume la presidencia el radical intransigente Arturo Frondizi. Existen otras periodizaciones cronológicamente más amplias. Algunas la extienden hasta ese parteaguas que sería la toma del Frigorífico "Lisandro de la Torre" contra su privatización, en el barrio de Mataderos de la ciudad de Buenos Aires, en enero de 1959. Finalmente, otras concepciones prolongan la resistencia hasta el regreso fallido de Perón en 1964 y aún otras al retorno definitivo entre 1972 y 1973.

La resistencia peronista que relataré se despliega entre septiembre de 1955 y comienzos de 1958. Es posible desde una mirada más minuciosa definir subperiodos y, por ejemplo, detectar un lapso de desconcierto seguido por otro de reorganización advenido con el año nuevo de 1956 gracias al fortalecimiento moral generado por la circulación de mensajes de Perón. La delimitación obedece a que durante los primeros tres meses posteriores a la caída de su gobierno, el movimiento peronista se encontró desorientado y en buena medida paralizado. De hecho entre septiembre y diciembre de ese año las acciones de resistencia fueron básicamente defensivas, de repliegue. Acrecentados

los actos de violencia y sabotaje en el primer trimestre de 1954 desde marzo comenzaron a tejerse redes de activismo clandestino, semioculto y público, según la índole de las prácticas involucradas. Fue ese renacimiento de la movilización de base la que hizo juzgar al general Juan José Valle la viabilidad de un pronunciamiento militar peronista a mediados de año.

Quizás una prehistoria de la resistencia pueda ser detectada, en las entrañas mismas de la derrota del gobierno peronista, entre junio y septiembre de 1955, con una dispersión de acciones mínimas de oposición al golpe, desde la manifestación bombardeada el 16 de junio, a conatos de barricadas o campañas de pintadas en el conurbano bonaerense, en La Plata y Berisso, así como en Rosario.

La salida de Perón del gobierno sorprendió a todo el peronismo. La defección de la dirigencia partidaria paralizó a sus activismos que, de acuerdo a lo relatado en el capítulo anterior habían malogrado gran parte de su dinamismo en el entramado múltiple de la sociedad política. La más encumbrada dirigencia anterior no dio señales de lucha ni atisbo de heroísmo. ¿Cómo podía suceder que el ex vicepresidente, el contra-almirante Alberto Teissie, manifestara tan abierta y descaradamente que había sido también él una víctima del autoritarismo y corrupción peronistas? ¿Qué pensar del telegrama enviado a Lonardi por el presidente del Partido Peronista, Federico Leloir, en el que manifestó: "Dios ilumine vuestra gestión de paz que haga realidad la consigna de que no hay vencedores ni vencidos..."? Por su parte, la CGT había revelado sus escasas habilidades para oponerse al proceso que condujo al golpe de Estado y luego del mismo, con el reemplazo de Di Pietro por el textil Andrés Framini y el lucifuercista Luis Natalini

tuvo un vínculo cordial con el ministro de Trabajo Luis Cerruti Costa. Mas también las actitudes cegetistas han sido indebidamente simplificadas por un relato que tendió a privilegiar el surgimiento de una nueva generación activista sindical de base, "combativa", para la cual la resistencia peronista fue la tierra de cultivo de una futura izquierda peronista.

Hay en ese sentido un aspecto que debe ser considerado en primer plano porque reapareció en distintos momentos del periodo 1955-1973: los gobiernos militares antiperonistas no fueron unívocos, tuvieron matices y opiniones sobre las que se pudo incidir así fuera parcialmente. Para algunos sindicalistas una cosa era un Lonardi que había proclamado "Ni vencedores ni vencidos", preservando la personería de la CGT y salvaguardando un mínimo de legalidad para la circulación de publicaciones peronistas, y otra cosa un más radicalizado tándem Aramburu-Rojas que anuló aquella personería, amplió la ocupación de los sindicatos, disolvió las organizaciones peronistas que formalmente persistían y decretó en marzo de 1956 la prohibición del uso de los nombres y símbolos peronistas. Es históricamente comprensible que políticos y gremialistas distinguieran entre enemigos cuando no había una unidad indivisa entre ellos.

INVERSIONES EN EL SIGNIFICADO

¿Por qué el nombre de "resistencia"? El término procede de las inversiones de sentido frecuentes en el vocabulario político de la época. Hacia 1945 quienes se oponían al gobierno militar cuyo hombre fuerte era Perón también se concibieron como una resistencia. Creían así participar en la lucha contra el fas-

cismo cuyo epicentro se hallaba en Europa. Para esos sectores, Perón y el GOU eran formas locales del fascismo. En el periodo de conspiración precedente al golpe de septiembre de 1955 también se utilizó el término en los panfletos y libelos de católicos y liberales. En todos esos casos se empleó el apelativo de "resistencia" para designar la lucha contra una dominación ilegítima, contra una fuerza de ocupación.

La misma inversión se produjo a propósito de los "comandos" resistentes. El peronismo ya lo había empleado en el lenguaje militar de la organización del Partido Peronista, con expresiones como comando táctico, comando superior, entre otros. La conspiración golpista antiperonista también articuló comandos civiles en apoyo a las fuerzas armadas alzadas. Luego, en la intransigencia peronista se conformaron comandos de acción contra la Revolución Libertadora. La difusión en el vocabulario del término "gorila" como equivalente de antiperonista obedeció a la misma lógica. Un último ejemplo de esas inversiones es la que generó el "Perón Vuelve" como modificación del "Cristo Vence" del activismo insurreccional católico de 1954-1955.

Derrocado el peronismo, el nombre de resistencia estaba disponible para ser recargado con un nuevo sentido, esta vez en contra del gobierno de fuerza de los generales Lonardi y luego Aramburu. Otra vez, la historia desde abajo parece la más adecuada para comprender ese crepúsculo de la primera década peronista que adoptó la forma de una beligerancia en gran medida civil. Si tal como he sugerido, el poder peronista no se desplegó solo desde el Estado, sino también quiso hacerlo con suerte desigual pero en general con eficacia en el entramado de la sociedad política, es razonable pensar que el desplazamiento

del Estado debía dejar todavía por dirimir si eso suponía un desvanecimiento de la presencia peronista en la vida asociativa y local. En otras palabras, estaba por verse si la operación de deshacer la fluida y no siempre formalizada presencia peronista en los entresijos de la sociedad civil y sus incrustaciones en la vida cotidiana era realizable gracias al expediente de un pronunciamiento militar y una dictadura estatal.

Los sectores castrenses de adhesión peronista intentaron sin éxito una acción golpista en junio de 1956, en articulación con escasos grupos civiles. Rápidamente neutralizado, el movimiento insurgente ensayado el 9 de junio fue seguido de la ejecución del general Juan José Valle y quince oficiales comprometidos, así como de una docena de civiles en los municipios bonaerenses de Lanús y José León Suárez.

UN FENÓMENO HETEROGÉNEO

La resistencia ha sido interpretada como una "radicalización" del peronismo. En realidad fue muchas cosas a la vez. La idea de una radicalización proviene de la proyección retrospectiva de lo que habría conducido hacia la izquierda peronista de la década de 1970. Es una manera unilateral de observar el periodo cincuentista, con el que por otra parte también se identificaron amplias franjas de la ortodoxia y derecha peronistas. Con razón, los peronistas de derecha lamentaban que la izquierda se hubiera apropiado indebidamente de la memoria de la resistencia. De hecho, cuando Perón rechazó a la izquierda en los años setenta lo hizo al reivindicar el protagonismo sindical en detrimento de una reciente juventud que nada había arriesgado durante los largos años de la proscripción. Al obrar

así, el conductor cincelaba una imagen sesgada de los 18 años precedentes, en consonancia con lo que el sindicalismo reivindicaba como propio.

La figura de Perón en los exilios paraguayo, panameño, venezolano y dominicano (luego partirá hacia España hasta 1972), era sin duda la presencia ausente que debía orientar el activismo peronista. Las declaraciones y directivas llegadas de Perón eran demasiado genéricas y ofrecían –sin olvidar su relevancia emocional– módicas luces para la acción. El líder llamaba a resistir y a hacer de cada casa peronista una “unidad básica”. Ese devenir político de un espacio privado fue posible porque como vimos en otro capítulo, durante el primer peronismo se había hecho más porosa una vinculación entre la vida pública y la vida privada en los ámbitos locales. Si la unidad básica, como institución barrial, había estado comunicada con las casas particulares y otras instancias vecinales, en tiempos de represión al Partido Peronista esos hogares podían sin violencia reinstaurar la función de “las básicas”.

Los ámbitos y orientaciones de la resistencia fueron diversos. Las casas particulares y los sindicatos, especialmente en sus formas locales, constituyeron los refugios iniciales. Pronto fructificaron nexos con otras instituciones barriales tales como las bibliotecas populares, los clubes deportivos y la actividad fomentista. Un sector menor del movimiento oposicional barajó la viabilidad de crear grupos de resistencia guerrillera.

El repertorio de las acciones fue variopinto y cambiante de acuerdo a quiénes observemos. En el lugar de trabajo podía involucrar la destrucción de máquinas, el cese o entorpecimiento de la producción y la organización de cuerpos de delegados alternativos a los sindicatos intervenidos. En los barrios,

hogares particulares y asociaciones vecinales tenían lugar reuniones semiclandestinas, en las que se conversaba sobre la situación política, se comunicaban noticias sobre Perón y los actos del gobierno. Un aceitado sistema de transmisión de información de boca en boca, pero también de textos y grabaciones de distinta índole, constituyó una evanescente comunidad imaginada. La incertidumbre era fuente de dudas y posibilidad de otorgarle significados novedosos. Los textos y cartas atribuidas a Perón fueron objeto de suspicacias y se tuvo que apelar a las grabaciones en vinilo o cinta para tornarlas irrefutables. La palabra de Perón era la crucial, aunque no fuera la única. Por el contrario, un rasgo de la resistencia fue la polifonía.

En la vía pública la resistencia se compuso de hechos de acción directa tales como la difusión de rumores y los escándalos callejeros matizados por un “¡Viva Perón!”, la distribución fugaz de hojas sueltas o breves panfletos, y algunos periódicos de incierta salida y alcance. Además de los explosivos caseros denominados “caños” y los clavos o “miguelitos” destinados a entorpecer la circulación, las provocaciones a emblemas del antiperonismo y las grescas callejeras, circuló discurso en formato de libros y principalmente de esos organizadores políticos que son los periódicos.

Los periódicos muestran, en sus distintas maneras de participar en la resistencia, los proyectos encontrados en su corriente heterogénea. El diario cegetista *El Líder* y la revista cookista *De Frente* lograron salir al ruedo hasta el ascenso de Aramburu. Circularon por entonces y después muchas otras publicaciones de periodicidad irregular: *Línea Dura*, *Rebelión*, *Palabra Argentina*, *Batalla*, *El Guerrillero*, *El 45*, *Palabra*.

bra Obrera, Soberanía, Trinchera de la Juventud Peronista, etcétera. Las derechas también aportaron sus tradiciones a la resistencia peronista, del mismo modo que lo hicieron algunas formaciones de la izquierda. Quizás sorprenda al público lector la afirmación de un protagonismo inicial de la izquierda en la resistencia peronista. Para explicarla necesito abrir un paréntesis en el relato.

Durante los dos primeros gobiernos de Juan Perón, entre 1946 y 1955, el término "izquierda" (asociado por entonces a la política independiente de clase obrera, a la revolución antipitalista, a la lucha antifascista y, en su versión por entonces más significativa, al comunismo) fue poco relevante. El peronismo propuso su propia "revolución nacional", inmune a las dos grandes superpotencias de la Guerra Fría. En el gobierno desde 1946, el peronismo predicó defender una "tercera posición" propiamente nacional. Su consigna más famosa y de larga vigencia fue "Ni yanquis ni marxistas, peronistas".

Perón imaginó el peronismo como más que un partido entre otros. Sería un "movimiento" con representaciones de todas las clases sociales y casi todas las ideologías, ordenadas por una "doctrina" compartida. No obstante, desde su emergencia—según vimos, en razón de alineamientos con alto grado de contingencia—el peronismo tuvo un fuerte nexo con la clase obrera y con el sindicalismo. Al respecto las izquierdas tuvieron actitudes diferenciadas.

Es falsa la afirmación de que las izquierdas argentinas siempre combatieron frontalmente al peronismo. Los partidos tradicionales de la izquierda, el socialista y el comunista, sufrieron escisiones y debates, verificándose temperamentos distintos

entre sí, más allá de su común cooperación en la Unión Democrática con que quisieron oponer, en 1946, una candidatura "demócrata" al presuntamente fascista coronel Perón. Así las cosas, Perón tuvo dos ministros provenientes de la militancia socialista: Ángel Borlenghi fue ministro del Interior y Juan Atilio Bramuglia canciller. Fracciones obreras e intelectuales de las izquierdas apoyaron al peronismo, aunque es verdad que de distintas maneras las organizaciones mayores se mantuvieron en la oposición, con diferencias significativas (el Partido Comunista, por ejemplo, nunca se comprometió con intentona golpista alguna). Otros grupos, como los trotskistas, discutieron sus posturas y algunas apoyaron más o menos decididamente al peronismo. El anarquismo, salvo por algunas figuras específicas, fue opositor.

Varios de los núcleos de izquierda pro peronista confluyeron hacia 1953 en un semioficialista Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN). Ese partido careció de importancia electoral. En el descalabro de 1955, ante el desconcierto de las dirigencias políticas y sindicales peronistas, la ausencia del líder exiliado y el estupor de las masas peronistas, una variada gama de militantes de izquierda se predispuso a articular con activistas, obreros y obreras peronistas, los primeros pasos de lo que se conocería como la resistencia.

Fueron numerosas células de expulsados del Partido Comunista, del antes mencionado PSRN, del trotskismo, las que en varias ciudades del país se sumaron a la oposición al régimen de facto y confluyeron con los peronistas en la intransigencia. Es que la izquierda, aunque diezmada, conservaba una gimnasia de activación local y creación de conexiones en condicio-

nes de adversidad. Poseía un repertorio útil para recomponer la militancia sin grandes corporaciones ni Estados favorables. Por el contrario, disponía de saberes sobre los resortes prácticos adecuados para actuar en contextos de infortunio y persecución. Aspectos de ese encuentro entre peronismo e izquierdas se observan en la cooperación entre sindicalistas de ambas orientaciones en la recomposición sindical y el debate con los “gremios democráticos” antiperonistas. Tras el fracaso del congreso normalizador de la CGT de 1957 y hasta 1959, sindicalistas peronistas, comunistas y de izquierda independiente (como Agustín Tosco de Luz y Fuerza en Córdoba) participaron en esa faceta vinculable con la resistencia.

Otro aspecto de esta colaboración entre peronistas e izquierdistas en el marco de la resistencia —menos sorprendente porque se había dado parcialmente antes de 1955— se produjo en el terreno intelectual. Durante varios años comunistas como Rodolfo Puiggrós, yrigoyenistas como Arturo Jauretche, trotskistas disímiles como Milcíades Peña y Jorge Abelardo Ramos, colaboraron con peronistas como Juan José Hernández Arregui y nacionalistas como Fermín Chávez.

Según ya indiqué, algo similar puede ser sostenido respecto de otros sectores que participaron de la resistencia: del nacionalismo y las derechas. Del mismo modo que las izquierdas aquellos núcleos aportaron ideas y destrezas en el ejercicio de la violencia, una concepción de la historia (el llamado revisionismo histórico) donde el peronismo constituía una expresión más en una larga lucha contra la opresión extranjera y sus agentes internos.

Algunos recuerdos devenidos en sentido común insistieron en que la juventud indignada y las nuevas camadas de sindicalismo de base y combativo tenían un déficit de ideologías. Se habían visto constreñidos a rehacerse en la práctica, en el desierto de una derrota, con la defección de la vieja guardia y un Perón distante. Según lo señalado en los párrafos anteriores, la realidad fue otra. Más que orfandad ideológica, hubo un exceso y multiplicación de ideologías. A las diferentes maneras de entender el peronismo que habían existido se añadieron otras propias de las nuevas circunstancias. Y se sumaron, como mostré, nuevas opiniones de corte izquierdista, más los nacionalismos, los grupos de derecha y los católicos que retrocedieron de la repulsa al peronismo de los años 1954-1955.

Por ende, el “archivo” de la resistencia peronista limitada a la memoria exclusivamente peronista requiere ser ampliado. Un ejemplo de la reducción de ese archivo se encuentra en el valioso volumen de documentos preparado por Roberto Baschetti en los años ochenta y luego sucesivamente enriquecido, con el título de *Documentos de la Resistencia Peronista: 1955-1970*. Una dificultad del trabajo de Baschetti consiste en que solo incorpora documentos originados por actores históricos de identidad peronista, por lo que la imagen reconstruible a partir de sus páginas es necesariamente parcial.

CREPÚSCULO

El periodo de la resistencia peronista no unificó las estrategias en el seno del peronismo. Cuando el gobierno militar comenzó a barajar la posibilidad de un retorno a las elecciones, algunos

grupos peronistas plantearon la necesidad de ofertar candidaturas surgidas del movimiento proscrito incluso si no se permitía el regreso de Perón ni el uso del epíteto "peronista". Fueron los "neoperonismos" surgidos sobre todo en los espacios provinciales. También en el sindicalismo peronista se desarrolló una variante resignada a seguir una política gremial donde la ausencia de Perón era un dato desde luego central, a pesar del cual el activismo sindical debía reconstruirse. Yendo más lejos en ese orden de razonamiento, se dio también en el sindicalismo una estrategia que debía actuar como un "peronismo sin Perón" pero reivindicando sinceramente la meta de un retorno del líder. Para tal peronismo la finalidad no era desperonizarse o renunciar a una tradición propia sino realizar los propósitos del mismo en una nueva situación. ¿Acaso no era un aspecto del repertorio peronista apelar a un "pragmatismo" que debía privilegiar la patria y el movimiento antes que los hombres?

La resistencia peronista comenzó a declinar con el compromiso de Perón con el radicalismo intransigente para apoyar la candidatura presidencial de Arturo Frondizi. Con ello el conductor del peronismo deseaba lograr la legalización de su partido y la normalización de la CGT. En la resistencia hubo posturas diferentes al respecto.

Las votaciones para la convención constituyente de 1957—desconocedora de la Constitución de 1949— habían demostrado que el peronismo, identificado con el voto en blanco, era la primera minoría. De manera que continuaba siendo el poder democrático legítimo. Es lo que argumentaron los sectores "intransigentes" contra los planes de los "participacionistas". ¿Para qué ceder, justo cuando la Libertadora estaba en

franco retroceso, en favor de un político que había contribuido en 1955 al derrocamiento del gobierno constitucional? Varios núcleos, entre ellos los de origen yrigoyenista más o menos lejano (Cooke, Jauretche, Scalabrini Ortiz) y el peronismo político, aprobaron el pacto Perón-Frondizi. Las variantes más moleculares de la resistencia adoptaron actitudes beligerantes y sostuvieron la abstención o el voto en blanco, desoyendo las directivas de Perón.

En las elecciones del 23 de febrero de 1958 Frondizi triunfó con casi el 53% de los votos, derrotando a Ricardo Balbín de la Unión Cívica Radical del Pueblo. El nuevo presidente fue ambivalente hacia sus promesas de campaña y el acuerdo con Perón. La CGT fue reconocida. A fines de 1958 se permitió la formación del Partido Justicialista, aunque luego se obstaculizó su actuación electoral, por lo que Perón denunció en junio de 1959 el incumplimiento del pacto. Por otra parte, el discurso anti-imperialista de Frondizi fue abandonado en beneficio de las inversiones extranjeras, los planes de ajuste y la represión del conflicto social. Con la implementación de las medidas represivas del Plan de Conmoción Interna del Estado, CONINTES, en 1959, la resistencia peronista fue finalmente neutralizada. La conflictividad social y política, incluida la peronista, no estaba por eso aniquilada. Las elecciones de marzo de 1962 condenaron la continuidad del gobierno pues las Fuerzas Armadas no toleraron la victoria peronista. Comenzaban los años sesenta.

RECAPITULACIÓN Y PERSPECTIVAS

He empleado las páginas de este libro para comunicar una breve historia desde abajo del primer peronismo. Espero haber brindado algunos argumentos para desmontar la idea tan común, activa incluso en ámbitos de la investigación académica, de un peronismo como formación crecientemente unívoca y homogénea.

Quise hacer otra cosa que una mera apología o detracción del primer peronismo. Para eso el público lector puede hallar fácilmente interpretaciones con diferentes niveles de sofisticación. El sentido de lo aquí reconstruido debería ser poco sorprendente. ¿Por qué la Argentina peronista no habría de ser ella también histórica, es decir, estar habitada por individuos, grupos y clases sociales con sus experiencias y dramas?

La Argentina peronista tuvo los rasgos de toda sociedad compleja. A su definición dediqué algunas líneas del prólogo. Afirmé entonces que esa Argentina fue "peronista" porque el peronismo encarnó los dilemas de una exigencia colectiva. Subrayé que el peronismo, un factor central pero no el único de la Argentina peronista, involucró una fractura histórica porque la política y sociedad argentinas fueron diferentes tras el peronismo, en razón de que el peronismo fue un producto de esa política y esa sociedad.

En el conciso primer capítulo comprimí los elementos básicos presentes en una "historia desde arriba", útiles para una orientación preliminar del público lector. Además de proporcionar una crónica básica me interesó enfatizar que narraciones de esa índole, tan fáciles de hallar desplegadas en extensos libros, no son ingenuas: construyen relatos protagonizados

por "grandes individuos" asociados con las élites, el Estado y el poder. Como consecuencia inexorable, anulan las acciones y los deseos de las clases subalternas reducidas a un coro más menos activo pero en cualquier caso secundario.

En el segundo capítulo esboqué una definición del enfoque "desde abajo" utilizado. Aclaré entonces que no se trata de observar otros hechos de la realidad, seleccionando los más "bajos" o "menores". Se reordena la mirada para recuperar la gestación de las prácticas localizadas inseparables de los procesos colectivos.

En el tercer capítulo argumenté que el advenimiento del primer gobierno peronista estuvo lejos de ser una fatalidad. El acontecimiento identificado con el 17 de octubre de 1945 creó las condiciones para la viabilidad de una presidencia de Perón. Ese acontecimiento fue un fenómeno colectivo con múltiples actores. El coronel caído en desgracia entre sus camaradas de armas fue sin duda el nudo cohesionador de las motivaciones de quienes se movilizaron, detuvieron las actividades y manifestaron públicamente. Pero ese nudo poseía significaciones distantes de una voluntad consciente.

Perón fue un actor del acontecimiento, una referencia crucial, aunque su ascenso al escenario desde el que pronunció el discurso casi a la medianoche del día 17 lo arrastró en un flujo anónimo de eventos. Hábil, en ese discurso reorganizó el sentido de la jornada y moduló los temas esenciales orientados hacia la campaña electoral que en los hechos así se inauguraba. Me interesó ponderar el protagonismo de la clase trabajadora y la sociedad civil en las pujas del momento. También quise mostrar la continuidad de su relevancia para la campaña electoral del primer trimestre de 1946. Lo que así se activaba era una densidad de la vida asocia-

tiva, prolongadas tradiciones organizativas, una intensa política de lo civil que el peronismo luego incorporaría —a su manera— en su “sociedad política” articulada con el Estado ampliado.

Con eso en mente, en el cuarto capítulo describí la relación entre el peronismo y la clase obrera. Me centré en la vida sindical, donde quise recuperar las formas sociales en que se produjo la conexión con el nuevo poder en gestación. Lejos de concebir el sindicalismo como un monolito uniforme, destacué la diversidad de las actitudes hacia el peronismo y la complejidad de su lugar en el seno de la proliferante sociedad política peronista. Por último, introduje una faceta de la experiencia de clase a propósito de las trabajadoras domésticas. Sobre ellas no me detuve en la organización sindical, muy problemática dadas precisas condiciones materiales que obstaculizaron la sedimentación institucional de una agremiación. Recuperé algunas hebras de las experiencias afectivas y de conflicto clasista, con el propósito de mostrar que hay elementos irreductibles a una historia del Estado o de las instituciones en apariencia atenuadas a la hegemonía peronista. Antes que separar a las trabajadoras del peronismo, procuré ofrecer algunas razones para reconocer temas específicos e irreductibles a la historia política tradicional.

El quinto capítulo fue destinado a explicar la caída del peronismo en 1955. A la luz de una colisión interna en la alianza del peronismo con el catolicismo, en franca escalada desde noviembre de 1954, un tema decisivo fue la pérdida del poder social activo en la sociedad política peronista, en la vida estratégica incrustada en la sociedad civil. En ese sentido, el dominio electoral del gobierno no siguió el mismo paso que la hegemonía en la sociedad política, una divergencia de relevancia categórica

a la hora de dirimirse la crisis militar extendida entre junio y septiembre de 1955. La vitalidad de poder popular vigorosamente despertada entre 1945 y 1946, con sus matices tanto por el naciente peronismo como por la Unión Democrática, cedió una década más tarde la definición política al enfrentamiento militar. También para el golpismo antiperonista me resistí a la tentación de narrarlo solo como una historia desde arriba cuyos actores centrales fueran obispos y generales.

El capítulo sexto y último delineó una sobrevida del primer peronismo materializada en la resistencia peronista. El movimiento identificado con Perón se vio forzado a reconstruirse dolorosamente sin sus grandes soportes institucionales previos. Fuera del Estado, con sus símbolos prohibidos, con su líder en el exilio, sin un partido político legal y con el sindicalismo peronista en crisis.

La resistencia peronista fue un nombre, pronto mítico, en el que confluyeron múltiples activismos, algunos de inclinaciones diferentes al peronismo, cohesionados por la meta compartida de lograr el retorno de Perón. En sus ambiguas fronteras convivieron diferencias teóricas, políticas y metodológicas.

La clase obrera recuperó la centralidad en esa resistencia, en la que también participaron sectores intelectuales y profesionales. En ese proceso la vitalidad asociativa renació con su conocida variedad de ramificaciones y mezclas, donde política y civilidad, público y privado, legal y clandestino, se interrelacionaron de modos inesperados. La resistencia peronista comenzó a cerrarse cuando Perón decidió pactar con el radicalismo intransigente el apoyo a la candidatura presidencial de Arturo Frondizi. En ese punto evité reincidir en la historia

desde arriba e indiqué que no todo el peronismo y sus alianzas aceptaron la decisión del conductor. No es que cuestionaran su autoridad. La interpretaban de acuerdo a diferentes proyectos que compartían el punto básico del retorno.

Desde 1955 se abrió paso un peronismo sin Estado. Si el peronismo previo fue irreductible a la voluntad omnímoda del líder y a las exigencias estatales, ese rasgo se diseminaría a partir de 1955 en una litigiosidad inherente al movimiento peronista al menos hasta el regreso definitivo de Perón en 1973. Sabemos que entonces la conflictividad no se aplacó, según lo esperaban los generales y empresarios resignados al retorno de Perón como ordenador de una sociedad movilizada. Esos hombres ensoberbecidos entendían inadecuadamente la profundidad de lo que estaba sucediendo. Cometieron el mismo error que el general Ávalos y la burguesía recalcitrante de 1945 que creyeron resolver la efervescencia social revocando a Perón.

La desperonización de 1955 debía fracasar, según advirtieron antiperonistas inteligentes como el sociólogo socialista-liberal Gino Germani y el nacionalista Mario Amadeo, porque el peronismo no era una superestructura descartable, quirúrgicamente separable del tejido social y las esperanzas populares. La Argentina había devenido "peronista". Fue diversa esa Argentina y lo fue el movimiento peronista. Siempre hubo distintos modos de ser peronista. La variedad de actitudes y metamorfosis estuvo presente en la resistencia peronista de 1955-1958, pero sus antecedentes fueron constitutivos pues datan de 1945. Y perdurarían incluso después de 1973, una vez retornado Perón. El conflicto interno al movimiento peronista

en la tercera presidencia y hasta 1976 fue una revelación de esa variedad denegada por las interpretaciones simplificadoras.

...

¿Sigue vigente ese peronismo partícipe de la Argentina peronista? Hoy tendemos a reconocer diferentes peronismos en coexistencia, en mutación y pugna. El peronismo ha cambiado porque la sociedad argentina ha cambiado. El primer peronismo fue una estación crucial en la plasmación de una Argentina peronista en la cual la industrialización orientada al mercado interno había matizado la configuración eminentemente agroexportadora de su formación como Estado-nación. Por eso la clase obrera jugó un rol tan importante y constituyó su "columna vertebral".

La clave central de la Argentina peronista, el protagonismo de la clase trabajadora, fue un dato ineliminable de la segunda mitad del siglo XX. La dictadura militar de 1976-1983 debilitó ese poder obrero, pero no lo destruyó completamente. Fue gracias a que la estructura económica local se estaba modificando en el marco de una mutación global dentro del modo de producción capitalista, que la dictadura y sus resortes civiles vencieron en hacer de la clase obrera un actor lateral del drama nacional. También el sindicalismo quedó desde 1983 a la defensiva. Solo pudo resistir e impugnar, pero ya no proponer un país donde la clase fuera un agente social y político de primer orden. Con los gobiernos menemistas esa subordinación fue profundizada.

El peronismo, en el que los políticos prevalecieron sobre la antigua columna vertebral obrera, continuó siendo un actor

político crucial de la realidad argentina. Pero la Argentina peronista del siglo XX había cesado.

La Argentina del siglo XXI, severamente transformada por la globalización, la consolidación del extractivismo primario-exportador y la consolidación de una pobreza y desigualdad estructurales, es otra sociedad. También es otro el peronismo, inexplicable solo en términos discursivos o políticos.

Pienso que la idea de Argentina peronista ya no nos permite comprender la historia del presente en el país con el alcance válido para el periodo 1945-1990. Colaboró como nadie en su disolución una fase del peronismo conocida como menemismo, nuevamente inducido por movimientos intestinos del modo de producción. Es lo que explica que la ola neoliberal cubriera todo el hemisferio occidental. La historia desde abajo de tal proceso no puede ser desarrollada aquí.

El peronismo de Néstor Kirchner anheló retornar a los viejos tiempos con la vocación de reconstruir una "burguesía nacional". Pero las clases no son creadas voluntariamente: las segrega ese monstruo extraordinario que llamamos sociedad capitalista. Su sucesora Cristina Fernández de Kirchner, aceptó las nuevas reglas posteriores a la crisis hemisférica de 2008 y ya no fantaseó con el primer peronismo. En las vísperas de las elecciones presidenciales de 2019 con un moderado Alberto Fernández como candidato designado para derrotar al macrismo, está planteada una vez más la incógnita de qué peronismo surgirá, dada la altísima probabilidad de una victoria en la contienda, en su ya extensa historia de transfiguraciones.

MÍNIMA BIBLIOGRÁFICA PARA SEGUIR LEYENDO

La literatura sobre el primer peronismo es enorme. Aquí solo mencionaré la relativa a la selección temática del presente libro. Salvo aclaración, la ciudad de edición es siempre Buenos Aires.

Pueden consultarse exploraciones sobre la historiografía del primer peronismo en Raanan Rein, Carolina Barry, O. Acha y Nicolás F. Quiroga, *Los estudios sobre el primer peronismo: aproximaciones desde el siglo XXI* (La Plata: Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires, 2009) y en O. Acha y N. F. Quiroga, *El hecho maldito: conversaciones para otra historia del peronismo* (Rosario: Prohistoria Ediciones, 2012).

Sobre el 17 de octubre de 1945, el libro de Félix Luna, *El 45: crónica de un año decisivo* (Jorge Álvarez, 1969), sigue siendo imprescindible por el detalle y la envidiable ecuanimidad del historiador frondizista. Estudios posteriores fueron compilados en Juan Carlos Torre (ed.), *El 17 de octubre de 1945* (Ariel, 1995).

Respecto del primer peronismo carecemos de una obra de síntesis que recoja las innovaciones interpretativas de los últimos veinte años. Todavía es útil, entonces, el volumen colectivo de J. C. Torre (ed.), *Los años peronistas, 1943-1955* (Sudamericana, 2002). Para problematizar el porteñocentrismo son cruciales los dos volúmenes aparecidos de Darío Macor y César Tcach (eds.), *La invención del peronismo en el interior del país* (Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 2003 y 2013).

Respecto de la clase trabajadora organizada durante el primer peronismo, el estudio más abarcador sigue siendo el de Louise Doyon, *Perón y los trabajadores: los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955* (Siglo Veintiuno, 2006). El enfoque

de Doyon ha sido revisado y matizado, en especial desde análisis con mayor énfasis en las experiencias locales, como en Agustín Nieto, *Entre anarquistas y peronistas: historias obreras a ras del suelo* (Imago Mundi, 2018). Una lectura renovada sobre la Confederación General del Trabajo en Gustavo Contreras, “¿Apéndice estatal? La CGT durante el primer gobierno peronista: funcionamiento institucional y proyecciones políticas”, en O. Acha y N. F. Quiroga (eds.), *Asociaciones y política en la Argentina del siglo veinte: entre prácticas y expectativas* (Prometeo Libros, 2015). Otros estudios han incorporado la dimensión de género y cultura, como el de Natalia Milanesio, *Cuando los trabajadores salieron de compras: nuevos consumidores, publicidad y cambio cultural durante el peronismo* (Siglo Veintiuno, 2014), y O. Acha, *Crónica sentimental de la Argentina peronista: sexo, inconsciente e ideología, 1945-1955* (Prometeo Libros, 2014).

Para el segmento relativo al derrocamiento de Perón, el trabajo más detallado es el de Estela Spinelli, *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la “revolución libertadora”* (Biblos, 2005), y uno imaginativo el de Pablo Gerchunoff, *La caída, 1955* (Crítica, 2018).

La resistencia peronista ha sido estudiada desde perspectivas diferentes: la centrada en la clase obrera en el trabajo de Daniel James, *Resistencia e integración: el peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976* (Sudamericana, 1991), las interrelaciones entre clase obrera y aspectos culturales dentro del alcance barrial en Ernesto Salas, *La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de La Torre* (Centro Editor de América Latina, 1990), el enfoque de la dimensión política

en Julio César Melón Pirro, *El peronismo después del peronismo: resistencia, sindicalismo y política luego del 55* (Siglo Veintiuno, 2009), las transmisiones de discursos nacionalistas y católicos examinados por Laura Ehrlich en “Nacionalismo y arquetipo heroico en la juventud peronista a comienzos de la década del 60”, en *Anuario IEHS*, n° 28, 2013, y la participación femenina en Anabella Gorza, *Insurgentes, misioneras y políticas: un estudio sobre mujeres y género en la Resistencia peronista (1955-1966)*, tesis doctoral defendida en la Universidad Nacional de La Plata, en 2017.